

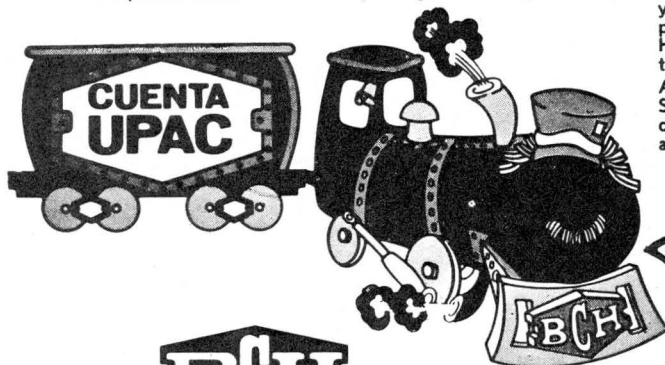
# **INFORMES ESPECIALES**

# **En el vagón CUENTA UPAC B.C.H. el valor de sus ahorros sube... a todo tren.**

Desde el momento en que usted abre una CUENTA UPAC RENTA SEGURA en el Banco Central Hipotecario, su dinero mantiene poder de compra constante gracias a la corrección monetaria; percibe intereses diarios los cuales puede retirar en períodos trimestrales y recibe tratamiento tributario preferencial, gozando de liquidez inmediata. Además, está garantizado por medio siglo de tradición y experiencia en ahorro

y préstamo para vivienda, que sólo puede brindarle el Banco Central Hipotecario, en más de 75 oficinas en todo el país.

Abra ya su cuenta UPAC RENTA SEGURA en el Banco Central Hipotecario y el valor de sus ahorros subirá... a todo tren.



**Ahorros a todo tren.**

**Corrección monetaria,  
más intereses,  
más el respaldo  
del B.C.H.**

**OBREGON VALENZUELA Y CIA. LTDA.**

**estudios - consultorías.**

**urbanismo  
arquitectura  
construcción**

**Rafael Obregón.  
José María Obregón.  
Alberto S. de Santamaría.  
Hernando Tapia.  
Edgar Bueno.  
Manuel Forero  
Vicente Hernández.**

**Calle 49 N° 13-33 piso 14 - Teléfono 2-328090 - BOGOTÁ -**

# Pobreza, Guerra Civil y Política: Ricardo Gaitán Obeso y su Campaña en el Río Magdalena en Colombia, 1885

Malcom Deas

En Colombia, en el siglo XIX, las disminuciones en la demanda de las exportaciones producían crisis políticas que a menudo terminaban en guerra civil. En gran parte el país era un exportador periférico que casi nunca figuraba en las guías comerciales de la época. Inclusive cambios fortuitos, que no reflejaban ninguna depresión en el comercio mundial, afectaban las ya precarias y marginales exportaciones. Muchos colombianos de entonces se dieron cuenta de la estrecha conexión que existía entre la habilidad de un gobierno para permanecer tranquilo en el poder, y su capacidad para mantener el orden, con una relativa prosperidad. Hoy los historiadores conservan la conciencia de esta correlación, pero todavía en forma muy vaga y limitada.

Hay muy pocos estudios detallados de cómo se desarrollaban esas crisis dentro del sistema, de cómo precisamente se sentían sus repercusiones, de las medidas que los gobiernos se veían obligados a tomar, de las tendencias al desorden que las épocas difíciles fomentaban y de la forma como la oposición utilizaba esas tendencias y el gobierno las combatía.<sup>1</sup>

Los estudios cuidadosos sobre las guerras civiles han sido tan escasos como los de las crisis económicas. Pocos temas han sido objeto de tan somero análisis y de tantas observaciones lanzadas al azar como el de los trastornos civiles latinoamericanos. ¿Por qué razón no se pudo mantener mejor el orden en una sociedad en la que la mayoría se preocupaba tanto de su posible derrumbamiento, y en donde la mayoría de los gobernantes podía interpretar tan bien los síntomas de malestar político? A primera vista y a nivel local, las guerras civiles dan

<sup>1</sup> Para latinoamérica en general, véase Warren Dean, "Latin American Golpes and Economic Fluctuations, 1823-1966", *Social Science Quarterly*, junio, 1970. Es mucho lo que todavía se puede aprender de Juan Alvarez, *Estudio sobre las guerras civiles argentinas*, Buenos Aires, 1914. Charles Berquist estudió la guerra civil colombiana de 1899 en "The Political Economy of the Colombian Presidential Election of 1897", *HAHR* vol. 56, no. 1, febrero 1976; tengo más simpatía que él por los problemas del gobierno. Para este período de la historia colombiana, nada supera aún la economía política que se encuentra en las obras recopiladas de Rafael Núñez, *La Reforma Política*, segunda edición, 7 vols., Bogotá, 1944-50.





Ricardo Gaitán Obeso



la impresión de ser movimientos de masas, ¿pero lo fueron en realidad? ¿Cuántos hombres se necesitaban para iniciar una campaña efectiva? ¿Y cómo éstos involucraban a otros después? ¿Debemos dar más importancia a la debilidad del gobierno que a la fuerza de la oposición? ¿Fueron las acciones que los gobiernos debían inevitablemente tomar las que transformaron pequeños descontentos en grandes conflictos? ¿Qué querían decir los rebeldes cuando contritamente afirmaban que habían sido “arrastrados por el torbellino de la revolución”? ¿En qué forma el desorden surgido de la depresión económica la hacía más profunda aumentándose así el desorden mismo? ¿Por qué razón los únicos métodos que un gobierno tambaleante podía utilizar para sostenerse, antes que todo incrementaban el número de personas que querían hundirlo?

Toda guerra refleja la sociedad donde se desarrolla y mucho de lo que aparentemente es irracional en los conflictos colombianos del siglo XIX se puede explicar en relación al contexto geográfico, social y económico. Pero también existe la verdad de la otra cara de la moneda: la guerra misma y lo que sucede en ella —y en Colombia las guerras frecuentemente han dejado testimonio más numerosos que muchas actividades pacíficas— suministran evidencia sobre el carácter de la sociedad<sup>2</sup>. En la guerra los hombres luchan en cierta forma y se conducen respecto a sus semejantes en la forma como lo hacen, porque sus sociedades son como son: la manera como luchan o interactúan no solo refleja la naturaleza de la sociedad, sino que también influye sobre ésta. La guerra civil surge de un conjunto de circunstancias políticas económicas y sociales y termina en otro. Destruye, libera a unos y derrota a otros; unos triunfan y otros pierden; deja atrás no solo un residuo de profundos antagonismos, sino una épica, una leyenda y una ideología. Tal como lo mostró en forma tan acabada Joseph Conrad en *Nostromo*, novela que por sus orígenes es al menos en parte colombiana<sup>3</sup>, en cualquier lugar una guerra civil es un hecho mucho más complejo de lo que harían pensar los comentarios de profundo cansancio de los observadores nacionales— “la triste nada de nuestras contiendas políticas”<sup>4</sup>. Las gentes se daban cuenta de que así no se debía manejar el país, pero pocas estaban en capacidad de sugerir la forma como Colombia, dentro de sus condiciones, podía alcanzar el orden. Para los colombianos, el análisis sistemático era un lujo que pocos se podían dar y que en las circunstancias convulsivas de la época, requería una imparcialidad que naturalmente pocos lograban. Los extranjeros, por su parte, estaban demasiado dispuestos a renunciar a cualquier clase de análisis de las circunstancias, en favor de explicaciones basadas en términos de la depravación de los habitantes y de la ignorancia inexplicable de sus gobernantes, que no tomaban medidas inmediatas para elevar la reputación cre-

<sup>2</sup> “¿Qué producirá de Lacy Evans en San Sebastián?” le preguntaron al Duque de Wellington hablando del comandante de la Legión Británica contra los Carlistas. “Posiblemente dos volúmenes en octavo”, contestó el duque. Los colombianos fueron así mismo autores prolíficos de memorias militares. Muchos escribían muy bien y los resultados son no solamente conmovedores —véase Angel Cuervo, *Cómo se evapora un ejército*, tercera edición, Bogotá 1953, y Max Grillo, *Emociones de la Guerra*, Bogotá, sin fecha— sino que también suministran información sobre condiciones, costumbres y política que difícilmente se encuentra en otra parte. Como es de esperar, estas obras son a menudo muy partidistas, lo cual no impide que sean útiles para reconstruir los sentimientos de la época, por lo general la parcialidad es tan acentuada que es fácil descartarla. Además, para la mayoría de las guerras hay relatos de ambos bandos, lo cual sirve para controlar las dos versiones.

<sup>3</sup> Véase Norman Sherry, *Conrad's Western World*, Cambridge, 1971, para las fuentes de *Nostromo*. Para estudiar más a fondo sus conexiones con Colombia, véase mi “*Colombia y el Nostromo de Joseph Conrad*”, en *Revista Pluma*, Bogotá, Año II, no. 14, marzo-abril, 1977. Conrad visitó la costa colombiana en 1876-7, en los años de la guerra civil que precedió a esta. Fue el primer viaje fuera de Europa que hizo Conrad.

<sup>4</sup> La frase es del Presidente Rafael Núñez.

diticia de la República en el exterior. La mayoría de estos observadores escriben sobre la política colombiana con el mismo fatalismo con que comentan sobre el tiempo, aunque con mucha menos perspicacia sobre los factores que la movían<sup>5</sup>.

La guerra civil colombiana de 1885, y en especial la campaña de Ricardo Gaitán Obeso se puede estudiar muy detenidamente. Hay evidencia de las guerras colombianas en los archivos públicos y privados, y también como hemos observado se publicó mucho sobre ellas, tanto en la época como más tarde. Para la de 1885, como para todas las guerras colombianas, existen memorias de individuos que lucharon en los dos bandos, y aunque muchas se refieren a polémicas sobre asuntos de estrategia y táctica que hoy revisten poco interés, casi todas ofrecen información que no se encuentra sino en estos relatos de carácter personal<sup>6</sup>.

Es posible reconstruir con bastante detalle los orígenes y el desenvolvimiento de la guerra de 1885 y existen suficientes testimonios que permiten especular sobre lo que sobre ella pensaron los protagonistas. En todos estos casos las conclusiones contribuyen a la comprensión del vergonzoso y deplorable fenómeno de la guerra civil, por tanto tiempo un problema casi permanente y en apariencia insuperable.

Además, la carrera de Ricardo Gaitán Obeso en este episodio está especialmente bien documentada, ya que al final de la guerra se le juzgó en un Consejo Verbal de Guerra, lo cual fue un hecho excepcional, y, debemos admitirlo, no muy satisfactorio desde el punto de vista de la justicia y aún del interés político. Sin embargo existe la evidencia del juicio, y esta clase de evidencia es relativamente poco común. Gaitán Obeso no era ni mucho menos un general literato, antes de la guerra no había sido un general prominente y ni siquiera después de ella fue figura importante dentro de su propio partido. Era un hombre de provincia, un individuo promedio que por un momento sobresalió por su audacia y nada más. Fue un elemento típico de la guerra civil, aunque no de la clase de los que dejan memorias. Casi todas éstas fueron escritas por generales más distinguidos o por escritores que habían combatido en el ejército temporalmente, o por viejos veteranos inspirados, mucho después, por algún cambio en la fortuna del partido. Por lo general, no se juzgó nunca a los rebeldes, y los otros juicios político-militares que se llevaron a cabo en Colombia en el siglo XIX juzgaron a personas más eminentes<sup>7</sup>. Con la ayuda del juicio, de la prensa y de

<sup>5</sup> Véanse los informes de los ministros británicos en el Public Record Office. Con pocas excepciones —las del prócer O'Leary, y las de Robert Bunch y Spencer Dickson— son arrogantes hasta el cansancio y la información política que contienen es muy escasa: el *Foreign Office* no estaba interesado en aumentar los gastos de correo exigiendo que fueran más voluminosas. Los enviados norteamericanos mostraban menos superioridad gratuita pero con frecuencia todavía menos esfuerzo interpretativo que sus colegas británicos. El ministro británico en 1884-5, Sir Frederick St. John, KCMG, también escribió un capítulo sobre Bogotá en sus memorias, *Reminiscences of a Retired Diplomat*, Londres, 1895.

<sup>6</sup> El autor utilizó relatos disponibles en la Biblioteca Nacional, Bogotá, y en la Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

<sup>7</sup> Tampoco se siguieron muchos juicios a personas prominentes. Los casos más notables fueron los de José María Obando y el de Tomás Cipriano de Mosquera, aunque a ninguno de los dos se los juzgó por el crimen político de la guerra civil. Las ejecuciones y las represalias informales tampoco fueron frecuentes: el general Mosquera solía referirse a la docena de hombres o más que había hecho fusilar como sus "angelitos" y a nivel nacional adquirió fama de hombre cruel, pero de acuerdo al estándar español se catalogaría como persona indulgente. Las guerras colombianas no merecen reputación del salvajismo: en ellas se luchó en forma dispersa y, para el observador ocasional, desorganizadamente con tropas harapientas y a menudo armadas solo con machetes. Sin embargo, se cometieron pocas atrocidades

otras publicaciones y memorias es posible reconstruir esta campaña de tal manera que este caso particular permite hacer la radiografía de un acto de rebelión a partir de sus orígenes locales y nacionales, desde el comienzo hasta el final, y en cuanto a sus efectos, mucho más allá del fin. Este acto de rebeldía fue la campaña de Gaitán Obeso y a pesar de que ella puede considerarse como el hecho militar central de la guerra de 1885, no es nuestra intención narrar aquí la historia completa de esa guerra. Pero en primer lugar es necesario situar la campaña dentro de la historia de la república y la república dentro del contexto mundial.

Colombia tuvo una historia económica mediocre en los primeros cincuenta años de independencia. El país producía y exportaba cantidades considerables aunque no suficientes de oro. El tabaco fue de las primeras exportaciones agrícolas que tuvo éxito, pero ya estaba declinando antes de la guerra de 1876-7 y en la década de 1880 estaba en plena decadencia. Las exportaciones de algodón únicamente resultaron posibles durante las condiciones excepcionales de la Guerra Civil Americana, que también favoreció por un corto tiempo las del añil. A veces Colombia exportaba quina, pero su capacidad de exportación de este producto fluctuaba enormemente debido a que las circunstancias externas cambiaban en forma constante y a que la calidad de las quinas colombianas era muy variable y poco confiable. A principios de la década de 1880 el mercado de la quina se trastornó por completo debido a la superproducción británica en Ceylán y a las ventas excesivas que se hicieron en esa fuente por razón de las quiebras bancarias. En esa época, el café no era un producto muy importante en las exportaciones del país y su precio era muy bajo. Colombia sufrió en forma particularmente aguda la depresión económica mundial de esos años y la república agotó las reservas metálicas a medida que bajaron las exportaciones. En opinión de muchos, esta fue "la crisis industrial y monetaria más grave que ha sufrido la república desde que se constituyó". El curso de la crisis puede seguirse en la prensa de la época, en documentos oficiales y en informes diplomáticos y consulares<sup>8</sup>. Hay dos aspectos de la crisis que tienen especial interés para el análisis de la guerra que se avecinaba. Uno es su influencia en las finanzas públicas, el otro sus consecuencias en las dos áreas que se vieron más afectadas por el descenso de las exportaciones.

La situación fiscal del gobierno federal se deterioró con la caída inevitable de los ingresos de aduana que constituían alrededor de las dos terceras partes del ingreso. El tesoro estaba en un estado de déficit permanente, en parte debido a que el Congreso acostumbraba a votar gastos sin tener en cuenta los recursos; lo cual se puede criticar como poco ordenado pero que no siempre produjo consecuencias graves. Pero la crisis del momento era distinta porque el gobierno

---

comparables a las de las guerras de la Independencia o a las de las guerras civiles españolas. Es obvio que establecer juicios de guerra hubiera presentado extraordinarias dificultades legales y políticas. En Colombia generalmente las revueltas terminaban con algún pacto o tratado, en el que los vencedores ofrecían garantías a los vencidos. La Constitución de Rionegro de 1863 también fue explícitamente tolerante. Véase por ejemplo el Artículo 11, y el comentario en J. Arosemena, *Estudios Constitucionales sobre los gobiernos de la América Latina*, segunda ed. 2 vols., París, 1878, Vol. II pp. 4 y 70 respectivamente.

<sup>8</sup> La mejor presentación de la historia económica colombiana sigue siendo la obra del desaparecido autor Luis Ospina Vásquez, *Industria y protección en Colombia*, Bogotá, 1955. Para la crisis monetaria véase también G. Torres Mejía, *Historia de la Moneda en Colombia*, Bogotá, 1945, pp. 185-214. Para relatos locales y contemporáneos de la crisis, véase Rafael Núñez, *Reforma Política*, en especial los artículos "Urbi et Orbi", "La crisis mercantil", "La crisis económica y la producción de oro", "Fomento a la industria", que están en el Vol. I, (i) y (ii) de la edición de 1945 de Bogotá.



no podía cubrir “los gastos más indispensables”, y en septiembre de 1884 reconoció un déficit mensual de 100.000 pesos en los gastos esenciales. Los correos y el telégrafo estaban prácticamente interrumpidos porque a los funcionarios se les debían varios meses de sueldo. Los ingresos del gobierno estaban comprometidos con la deuda interna y con numerosas subvenciones a trabajos públicos en las provincias políticamente recalcitrantes; hacía mucho tiempo que el gobierno había suspendido los pagos de la deuda externa y su crédito interno a corto plazo era muy reducido<sup>9</sup>. La guerra civil amenazaba ya al Estado de Santander, y el gobierno tenía plena conciencia de que debía darle prelación absoluta al mantenimiento del orden. Se llegó a la conclusión de que era necesario economizar e intentar recuperar el crédito, pero en este sentido era muy poco lo que el gobierno podía hacer fuera de suspender todas las obras públicas, despedir la mitad de los estudiantes de la Escuela Militar e hipotecar la Casa de la Moneda. No tenía objeto destituir más empleados públicos, porque eran muy pocos y de todas maneras no se les estaba pagando. Por otra parte, ni el sistema bancario ni la opinión pública hubieran tolerado expedientes más complicados. No obstante la fuga de una proporción muy alta de moneda, todavía no existía el recurso del papel moneda. Por consiguiente, el gobierno empezó a reclutar más hombres para llenar las filas de un ejército patéticamente minúsculo y publicó la “Orden de prelación en los pagos”, en la que declaraba que haría honor a las tradiciones civiles y democráticas de la república pagando, primero que todo, “los viáticos, dietas y el material del Congreso”, pero que después atendería a los gastos militares. Al mirar la lista y estudiar las probabilidades, se llega a la conclusión de que poco más se podía hacer. Además, se daría precedencia a los gastos corrientes sobre las deudas<sup>10</sup>.

Esta era la forma como todos los gobiernos colombianos se habían visto obligados a reaccionar en crisis similares. Al comenzar los malos tiempos, el presidente Núñez durante su primera presidencia (1880-1882) había sido más innovador; había conciliado la opinión en las provincias decretando nuevas obras públicas, e introdujo una moneda de níquel<sup>11</sup>. Pero la situación empeoró y había un límite a los arbitrios que el país estaba dispuesto a tolerar al gobierno en tiempos de paz. El último recurso fiscal era la guerra, la cual colocaría inmediatamente una serie de recursos nuevos al alcance del gobierno. Núñez, como todo el mundo, se daba perfecta cuenta de esta posibilidad. Un gobierno pobre era un gobierno débil, y tanto las economías como la búsqueda de nuevos ingresos lo hacían más impopular, y todavía mucho más, el reclutamiento

<sup>9</sup> Para la situación fiscal de comienzos de la década de 1880 la fuente más accesible es la serie de *Memoorias de Hacienda*. Sobre la estructura fiscal del país, consúltese Aníbal Galindo, *Historia económica y estadística de la Hacienda Nacional*, Bogotá, 1874, y mi estudio “Fiscal Problems of Nineteenth Century Colombia”, publicado por FEDESARROLLO, en Miguel Urrutia, ed. *Ensayos sobre Historia Económica Colombiana*, Bogotá, Ed. Presencia, 1980.

Sobre la deuda externa, véase el resumen en J. Holguín, *Desde Cerca*, París, 1908, y los informes del *Council of Foreign Bondholders*. Para las opiniones de Núñez, véase en la *Reforma Política* los artículos “Crédito Exterior”, y “Deuda Exterior”. Es difícil compartir las primeras opiniones de Núñez al respecto, que son bastante eufóricas. Otorgar crédito a Colombia no tenía ningún atractivo, aún a una tasa de interés real del  $8\frac{1}{2}\%$ . En un estado de ánimo más realista, Núñez llegó a la conclusión de que el crédito se basaba en el orden y no al contrario. Quizá fue en momentos en que Núñez pensaba en esta forma cuando el ministro británico, a pesar de dudar que se tratase de un gran hombre, reconoció al menos que Núñez era “un repudiador por excelencia”. (St. John a Granville, agosto 2 de 1885, *Foreign Office*, F.O. 55-312).

<sup>10</sup> *El Comercio*, septiembre 6 de 1884.

<sup>11</sup> Para una crítica de las finanzas de la primera administración de Núñez, véase “Discusión sobre asuntos de Hacienda” en S. Camacho Roldán, *Escritos Varios*, Tercera serie, Bogotá 1895, pp. 752-763. Se acusó a Núñez de comprar amigos a muy alto precio en momentos cuando las circunstancias exigían austeridad.

de hombres para el ejército<sup>12</sup>. Por otra parte en Colombia existían también debilidades constitucionales excepcionales.

La Constitución de Rionegro de 1863 fue el resultado del triunfo militar del General Mosquera sobre los conservadores y del temor político que el General despertaba entre los radicales. La Constitución fue federal y dividía la República en nueve estados soberanos, que en teoría y en la práctica gozaban de amplia autonomía en sus asuntos internos. Pero el sistema nunca funcionó sin intervenciones del Gobierno Federal, cuyo instrumento principal era la Guardia Colombiana, pequeña fuerza de veteranos que conformaba el ejército federal permanente. El período presidencial era por solo dos años y el presidente no era inmediatamente reelegible. La elección de presidente era indirecta y el candidato triunfador debía tener una mayoría de votos en los estados, los cuales tenían derecho a un voto cada uno. El sistema exigía que se hicieran rondas continuas de votación, lo que producía frecuentes interferencias en la política en principio autónoma de los estados. Tres partidos políticos estaban en conflicto: los Radicales, padres de la Constitución de Rionegro, quienes habían dominado al país hasta que perdieron parcialmente el poder en la guerra civil de 1876-7; los Independientes, favorecían una política liberal, pero menos *à outrance* que la de los Radicales y constituían un grupo formado pacientemente por Rafael Núñez desde 1874; por último estaban los conservadores, quienes desde su derrota en 1859-62 habían quedado excluidos del Gobierno Federal, aunque hasta 1877 habían mantenido la supremacía en el estado católico de Antioquia. El presidente Núñez y los Independientes se enfrentaban a la desconfianza de los Radicales, la cual se estaba convirtiendo poco a poco en oposición Radical. Mientras tanto los conservadores esperaban y mantenían su organización. Hasta finales de 1884 no se sabía cuáles podrían ser los resultados, si la oposición radical creciente llevaría al presidente a transigir con su antiguo partido, o si ésta lo forzaría a llegar a un acuerdo con los conservadores. Las maniobras políticas se adelantaban dentro de un sistema que los observadores extranjeros consideraban *sui generis* y que describió insuperablemente el diplomático chileno, José Antonio Soffia; él era lo suficientemente suramericano para comprender lo que estaba pasando, y al mismo tiempo, por venir de una república muy ordenada, lo suficientemente chileno para analizar estos juegos políticos tropicales de manera objetiva. Soffia observó una verdadera línea divisoria entre los partidos, el orgullo consciente de los Radicales por "todos los milagros del individualismo moderno", y su contraparte en la reacción conservadora: "la toga, la espada y el altar". Además notaba con agudeza cómo la política colombiana ofreció una "carrera abierta al talento", tanto para civiles como para militares, y cómo a tales talentos por su misma idiosincrasia les faltaba, y posiblemente les seguirá faltando, el espíritu moderado de las clases poseedoras: la participación política exponía a los miembros de estas a riesgos demasiado grandes. Por consiguiente Soffia no creía que la sociedad colombiana fuera diferencial con las clases altas. Estaba de acuerdo con el diagnóstico de los Independientes en la necesidad de una reforma, pero consideraba que el partido de Núñez solo mantenía un equilibrio temporal, ya que era demasiado pequeño, y exceptuando su jefe, no contaba con hombres de prestigio. Además le faltaban recursos: Soffia calculó que

<sup>12</sup> "El desprestigio del régimen político trae naturalmente la debilidad del gobierno y la desconfianza y la intranquilidad; porque un gobierno pobre es un gobierno débil, sin autoridad moral, incapaz de inspirar temores ni afectos. Esto mismo repercute sobre el producto de las rentas, porque toda intranquilidad significa paralización de los negocios, y ésta disminución de las rentas". Carlos Calderón, *La Cuestión monetaria en Colombia*, Madrid, 1905, p. 198. Calderón escribía por experiencia, ya que fue Ministro de Hacienda en 1899.

en 1882 el gobierno había comprometido ya algo como 102 partes de 100 de los reducidos ingresos nacionales y que no podría pagar a sus propios empleados<sup>13</sup>.

En el Estado de Santander el General Solón Wilches, presidente seccional, estaba atrapado en un espiral de dificultades semejantes. Su gobierno era impopular y con la caída de las exportaciones de la quina y del café, tampoco tenía ingresos suficientes. Su intento de conservar sus pocos partidarios y su administración imponiendo nuevos gravámenes, entre otros el de 10 pesos por cada saco de harina importada, produjo una rebelión que fue incapaz de dominar<sup>14</sup>. Carlos Calderón en un editorial de *La Epoca* en diciembre de 1884 describió nítidamente la secuencia de los hechos:

“Desde 1880 había en las selvas un activo movimiento de producción: Santander casi íntegro entró a los bosques a extraer la quina, que improvisaba potentados de unos días, y formaba, en el mismo tiempo, fortunas modestas pero comunes; el caucho y la tagua alimentaban en parte este trabajo, y particularmente del Chicamocha hacia el norte del Estado era una vasta plantación del café que daba a las poblaciones un bienestar completo. El oro corría en raudales por las manos encallecidas en el trabajo, de esos soldados que iban a levantar sus toldas junto a la guarida del tigre, en los flancos de la cordillera, para llenarlas con el rico botín que entregaba la naturaleza al que sabía vencerla.

Pero llegó la competencia de la India y del Brasil, y todo cambió. Los que antes tomaban el rifle para defenderse de las fieras en la montaña, hallaron insufrible el régimen bajo el cual vivían, cuando en realidad lo que había variado era la condición económica en que se encontraban. Por esto, cuando concluyó el trabajo pacífico comenzó la tragedia.

... lo que pareció algo como una colonia yankee del Oeste, se convierte en un pueblo de instintos primitivos. . . La lucha por la vida reviste entonces caracteres siniestros: en lugar de la azada o el machete de bosque, se toma el rémington: las aventuras bélicas o políticas entran en juego, y si las cosas apuran, el hombre benévolo, caballeroso, pacífico y trabajador se hace capaz de tomar el rifle, que le defendió de las fieras, para matar a sus conciudadanos en la soledad de un camino público”.

Carlos Calderón conocía Santander y escribía en la época de los acontecimientos. Julio H. Palacio, un escritor posterior, hace eco a sus puntos de vista:

<sup>13</sup> Los informes de Soffia están en el Archivo Nacional de Chile, Santiago, Ministerio de Relaciones Exteriores, Vol. 232. El relato más completo está en el despacho del 30 de abril de 1882, J.A. Soffia a J.M. Balmaceda (Hace poco lo publicó el decano del radicalismo chileno, D. Ricardo Donoso, en *Thesaurus, Boletín del Instituto Caro y Cuervo*, Tomo XXXI, No. 1, Bogotá 1976. Véase el artículo “José Antonio Soffia en Bogotá”, pp. 121-144).

Soffia informa que “las ideas democráticas, implantadas en las altas esferas públicas por la presencia de muchos hombres de modesto origen, levantados hasta ellas por las revoluciones, han echado hondas raíces”. Le pareció que el carácter de colombiano era “apasionado y violento” y el espíritu notablemente enfático”. Sus comentarios sobre la Guardia Colombiana: “Es curioso observar que, mientras se halaga ostensiblemente a la fuerza pública y se pone todo empeño por los gobernantes y por los partidos en captarse su simpatía, se trata a la vez de quitarle respetabilidad hablando de ella con desdén y alejando de sus rangos a las clases docentes de la sociedad. Sin contar algunos generales, muchos de los cuales han recibido sus títulos sin pasar por los grados inferiores, y algunos jefes de cuerpo, la mayor parte de los oficiales son reclutados de las clases más humildes, siendo crecido el número de individuos de tropa que ascienden a oficiales. Compuesto de tales elementos, se comprende que el cuerpo de oficiales, que por otra parte es bastante numeroso, no se distinga ni por su educación ni por su porte social”.

<sup>14</sup> Estos impuestos aparecen en las Leyes 6a., 7a y 12a de 1883.



“Mientras el bienestar económico, la prosperidad en los negocios, la oportuna exportación de la quina subsistieron, aquel régimen fue acremente censurado, pero vivió sin violentas resistencias. Los fanáticos de la teoría de Marx sobre la interpretación materialista de la historia encontrarán en casi todas nuestras guerras civiles argumentos para comprobarla”<sup>15</sup>.

Un marxismo tan simple estaba sin duda al alcance de la inteligencia profunda y ecléctica del presidente Núñez, quien por lo menos desde diciembre de 1882 había previsto la especial vulnerabilidad de los Estados de Cundinamarca y Santander:

“Probablemente nuestra quina y nuestro café representan, como se dice, cerca de la mitad de nuestras exportaciones normales, y es muy cierto que esos dos artículos han perdido su anterior posición en los mercados extranjeros, de modo que no puede ya contarse con ellos como objeto de provechoso tráfico. . . La decadencia del café será causa de grandes pérdidas en el Estado de Cundinamarca principalmente, donde se han hecho extensas plantaciones, estimuladas por los favorables precios anteriores. La baja de la quina ha causado ya perturbaciones comerciales en el Estado de Santander. . .”<sup>16</sup>.

La “colonia yankee del Oeste” que produjo la quina en las montañas de Santander tenía una historia anterior de violencia, en la “guerra de quinas” diferentes bandos de recolectores se disputaban áreas promisorias de bosque, y compañías rivales reclamaban títulos frente a distintas autoridades. Pero lo que debe subrayarse es cómo la súbita demanda de quinas hizo que innumerables individuos abandonaran su medio ambiente y sus oficios tradicionales, y cómo la caída igualmente súbita de la demanda los dejó desamparados. Santander sufrió doblemente las consecuencias del descenso de las exportaciones; la crisis no solo afectó la quina, que nunca volvió a resurgir, sino también al café. Así mismo los textiles locales estaban en decadencia y el comercio estaba prácticamente paralizado. Hacia finales de 1884 la prensa bogotana publicó un informe diciendo que “no hay letras de cambio en Bucaramanga”. En estas circunstancias todos los partidos se unieron contra el “círculo de Wilches”, y muchas personas estaban preparadas a ir mucho más allá, tal como lo demostraron los hechos. Los relatos de la campaña del General Hernández, quien había estado en el negocio de la quina<sup>17</sup>, muestran que pudo reunir un número considerable de hombres que no tenían nada que perder, aunque también se ve que la mayoría de ellos tampoco tenían nada que ganar.

<sup>15</sup> Sobre Wilches y el conflicto en Santander véase J.J. García, *Crónicas de Bucaramanga*, 2a., edición, Bucaramanga 1944, pp. 354-361; G. Otero Muñoz, *Wilches y su época*, Bucaramanga, 1936, pp. 387-394. Los comentarios de Núñez están en su artículo “Santander”, *Reforma Política*, Vol. I (ii) pp. 275-279. Donde se puede apreciar mejor el punto de vista conservador sobre el conflicto, es en Carlos Martínez Silva, *Revistas Políticas publicadas en el Repertorio Colombiano* Vol. I pp. 255-6, 309-11, 392 y siguientes (*Obras Completas del Doctor Carlos Martínez Delgado*, ed. L. Martínez Delgado, Bogotá, 1934).

Significativamente el editorial de Carlos Calderón en *La Epoca* se volvió a publicar a comienzos de la última guerra civil colombiana, en el número del 2 de diciembre de 1899 de *El Orden Público*. La cita de Julio H. Palacio está tomada de su libro *La Guerra del 85*, Bogotá, 1936, p. 20.

<sup>16</sup> Núñez, *Reforma Política*, Vol. I (i), “La crisis mercantil”, p. 296. Carlos Calderón, *La cuestión monetaria* pp. 8 y siguientes para cifras sobre la crisis de la quina. El precio en Londres bajó de 16s a 6d 1b en 1879 a 2s6d en 1885. Muchos exportadores colombianos se quedaron con depósitos llenos de quina que no se podía vender.

<sup>17</sup> J.J. García op. cit., pp. 331-336. F. Safford, *Commerce and Enterprise in Central Colombia, 1821-1870* Tesis doctoral, Columbia, 1965 —mimeografiada—, Bogotá, Universidad de los Andes, pp. 270 y siguientes. Para Hernández, J.J. García p. 336.

En un principio la intervención del gobierno federal pudo mantener la paz en Santander. El mes de septiembre trascurrió en calma. En las elecciones de Cundinamarca, en las que el “muy impopular” General Aldana intentaba prolongar su período de dos años a cuatro, solo hubo “tres muertos y diez heridos”<sup>18</sup>, pero en octubre 4, Ricardo Gaitán Obeso atacó la población de Guaduas intentando dirigir un levantamiento contra Aldana.

Por este tiempo en Bogotá, el presidente Núñez, hombre que había leído y viajado mucho, estaba leyendo “un libro reciente, escrito por un autor libérrimo”, Hippolyte Taine, y en “la primera hojeada” se encontró con las siguientes líneas:

“Por malo que un gobierno sea, hay una cosa peor aún, y es la supresión de todo gobierno. . . si desfallece y deja de ser obedecido, si es ajado y falseado de fuera por una presión brutal, la razón cesa de conducir los asuntos públicos, y la organización social retrocede muchos grados. Por la disolución de la sociedad y por el aislamiento de los individuos, cada hombre vuelve a su debilidad original, y el poder entero cae en manos de las agrupaciones transitorias que, como torbellinos, se levantan del seno de la polvareda humana. Este poder, que con tanta dificultad es ejercido por los hombres de mayores aptitudes, se comprende cuan lastimosamente habrán de desempeñarlo fracciones improvisadas”.

En un artículo en *La luz*, Bogotá, octubre 15 de 1884, Núñez escribió la siguiente glosa al pasaje:

“Síntomas variados indican que estas apreciaciones de H. Taine podrán ser — aplicadas a Colombia dentro de poco tiempo, si todos los grupos políticos que se agitan en la superficie social no se esfuerzan en convertirse en verdaderos partidos para trabajar luego con método, perseverancia, energía y patriotismo en la reorganización constitucional del país”<sup>19</sup>.

Pero ese milagro moral no ocurrió y la banda de Ricardo Gaitán Obeso fue el primer “grupo transitorio” en surgir “del polvo humano”. Núñez tenía razón en ver el ataque a Guaduas como sintomático de lo que ocurriría después. El ataque fue descrito en detalle en la prensa bogotana y en el juicio de Gaitán Obeso se rindió evidencia sobre él<sup>20</sup>. Unicamente es posible comprender toda la fuerza de la aprensión Hobbesiana de Núñez leyendo la descripción del ataque y de los antecedentes de los rebeldes.

Parece que Gaitán Obeso nació en Ambalema en 1850, de orígenes que siguen siendo oscuros. En el juicio se dijo que pasó sus años formativos en Ambalema y en el Tolima, lo cual no deja de ser significativo, porque Ambalema era en ese tiempo el centro del comercio del tabaco en Colombia, y una población que atraía inmigrantes de muchas partes del país. Los salarios eran altos y en ella se respiraba un ambiente de libertad: Ambalema era prácticamente una

<sup>18</sup> De St. John a Granville, sept. 22 de 1884. FO 55-302.

<sup>19</sup> Publicado nuevamente en la *Reforma Política*, I (ii) pp. 257-261.

<sup>20</sup> *El Comercio*, octubre 10. de 1884, octubre 8 de 1884, octubre 15 de 1884. *Proceso seguido por el Consejo de Guerra Verbal de Oficiales Generales contra Ricardo Gaitán Obeso y José Francisco Acevedo cabecillas de la rebelión de 1885*. Bogotá, s.f. (1886) (De ahora en adelante citado como *Proceso*). Evidencia de Epifanio Morales, Teniente Coronel de la Guardia Colombiana, pp. 69-75.

fundación nueva, fuera del control inmediato de la iglesia y de las viejas clases terratenientes. El auge del tabaco coincidió con la victoria liberal de 1848, y el espíritu de la población era definitivamente liberal: en la literatura era lugar común describir su ambiente como bastante disipado, y los habitantes de esa región del “Gran Tolima” adquirieron, y todavía poseen, la reputación de ser agresivamente indisciplinados. Definitivamente no era el sitio adecuado para educar a un hombre dócil y conservador. Gaitán Obeso nunca negó tener raíces en Ambalema, pero aclaró que por algún tiempo había asistido a la Escuela Militar, fundada por el General Mosquera, lo cual podría indicar sus conexiones liberales y quizá que contaba con alguna clase de vinculación o protección local (y así mismo da pie para dudar de los efectos disciplinarios de una corta educación militar). Gaitán Obeso luchó en las fuerzas liberales en la batalla de Garra-pata en 1877, en los llanos del Tolima, y el autor de una memoria recuerda su actuación entonces, relatando cómo Gaitán ordenó llevar a los cobardes al hospital porque “la cobardía es una enfermedad contagiosa”. Parece que participó activamente como liberal radical en los estados de Tolima y Cundinamarca, y en el juicio se le acusó de haber perseguido conservadores en el Tolima después de la guerra de 1876-7, pero su negación de haber cometido asesinatos específicos es más convincente que las acusaciones. Por algún tiempo fue Prefecto de la región de Tequendama, parte de la cordillera central que descende al valle del Magdalena, cerca a la región donde reuniría sus primeros seguidores después de abandonar a Bogotá a fines de 1884. Gaitán Obeso tenía una hacienda en “Piedras, o sea Caldas” y tenía rango de General, quizá únicamente en el Ejército del Tolima, porque en todo caso no tenía ese rango en el Ejército Federal, la Guardia Colombiana, en la época del asalto a Guaduas. Por lo demás tenía fama de guapo.

En el juicio declaró “tener treinta y cinco años, ser agricultor de profesión, habitar en Bogotá. . . ser soltero de religión católica”. Esta última información causó “murmullos entre la audiencia los cuales cesaron cuando el Presidente del Tribunal hizo sonar su campana”<sup>21</sup>.

El ataque a Guaduas había sido un asalto muy sangriento que difícilmente hubiera podido realizar cualquier agricultor católico radicado en Bogotá. Gaitán Obeso asaltó en la población la pequeña guarnición de unos cincuenta hombres, estacionados allí por orden del Presidente de Cundinamarca, general Daniel Al-

<sup>21</sup> La mayoría de estos detalles de su vida anterior se mencionaron en el juicio. Véase *Proceso*. “Piedras, o sea Caldas”, es Piedras, Tolima, véase J. Esguerra O., *Diccionario Geográfico de los Estados Unidos de Colombia*, Bogotá, 1879, pp. 41 y 180. Indudablemente era un distrito liberal y fue incendiado por los conservadores durante la Guerra de los Mil Días; siguió siendo liberal hasta hoy. Véase “Piedras, un estudio de pueblo en el Tolima”, de Angela Mendoza, en *Biblio-Apuntes*, Universidad del Tolima, Vol. I, no. 3, Ibagué, 1971. De Ambalema en sus años de prosperidad hay muchos relatos de la época: véase M. Rivas, *Los Trabajadores de la Tierra Caliente*, Bogotá, 1946, pp. 128-192, y del mismo autor el bosquejo costumbrista “El Cosechero”, en sus *Obras Completas*, 2 vols. 1 Bogotá, 1883, y en *Museo de Cuadros de Costumbres*, 2 vols., Bogotá 1866, Vol. I p. 316-321; también *Manuela* de Eugenio Díaz, muy informativa y todavía muy amena (Existen muchas ediciones de esta novela escrita en la década de 1850). Para la industria del Tabaco véase Safford, op. cit., y J.P. Harrison, *The Colombian Tobacco Industry, from Government Monopoly to Free Trade, 1778-1878*. Tesis doctoral, Universidad de California, 1951, y L.F. Sierra, *El tabaco en la economía Colombiana del siglo XIX*, Bogotá, 1971. Así mismo es útil observar que había algo de quina en las montañas del Tolima. El Estado del Tolima debía su origen a Tomás Cipriano de Mosquera en su fase radical, después de la victoria de 1862. Véase F. Pérez, *Geografía política del Estado del Tolima, escrita de orden del Gobierno Jeneral*, Bogotá, en Ambalema así: “. . . la ausencia de casi toda precaución higiénica en el modo de vivir, especialmente entre los jornaleros. Beben estos i bailan la mayor parte de la noche. . .”. op. cit., p. 58).

La presencia de Gaitán Obeso como coronel en Garra-pata la registra C. Franco V.: *La Guerra de 1876 i 1877*, 2 vols., 1877, p. 231, 240, 246; comandaba el “rejimiento Guías” con 110 hombres.



dana, un liberal en quien no confiaban los radicales como Gaitán, ni los independientes como Núñez. Los cálculos sobre el número de hombres involucrados en el asalto varían. El relato más completo dice que Gaitán Obeso salió de Ambalema con ocho o diez hombres a principios o mediados de septiembre y que el 23 de ese mes estaba en el distrito de Beltrán, donde asaltó una hacienda. Entró a Guaduas “por el camino de Chaguaní” con 200 hombres, según la prensa, y con 300 de acuerdo a la tradición local<sup>22</sup>, mientras que la guarnición contaba únicamente con 50 ó 60 soldados. En la región se describió a los atacantes como “la culebra de Ambalema, los asesinos de La Garrapata de agosto de 1877, el Cuadro de Chicusa, y varios ex-convictos”. La verdad es que no es posible formarse una idea muy clara de quiénes fueron. Según rumores la culebra de Ambalema era una sociedad secreta con propósitos criminales y comunistas, pero lo más probable es que fuera la personificación de los temores de los habitantes de las regiones más estables. También se decía que había culebras en otros sitios, como por ejemplo en Popayán y Bucamanga. El asesinato de La Garrapata se le atribuyó a Gaitán, y en cuanto al Cuadro de Chicusa parece no haber dejado ninguna otra huella. Las primeras noticias que llegaron de Guaduas informaban que había habido 17 muertos y 20 heridos entre los defensores, “la mayor parte con arma blanca”; la tradición local afirma que “solamente un recluta llamado Chicala se pudo salvar escondiéndose debajo de los cadáveres” y que “la sangre corría hasta la plaza mayor, que estaba casi a una cuadra de distancia”. Mutilaron a los muertos, hubo saqueos y una multitud de radicales de Guaduas se unió a los atacantes “hasta muchas mujeres frenéticas, entre las cuales se sindicaban algunas de mediana y alta posición”. Algunos conservadores fueron asesinados después de haber terminado la lucha y hay evidencia plausible de que Gaitán Obeso había perdido el control total de sus hombres. Poco después del ataque llegaron tropas del gobierno federal que se encontraban cerca, y el comandante, General Luis Capella Toledo, persuadió a Gaitán que aceptara un tratado. Este último reconoció el derecho que tenían las fuerzas federales a intervenir para preservar el orden en el Estado de Cundinamarca, y convino desbandar sus fuerzas. A cambio se le concedió indemnidad por todas sus actuaciones, con excepción de los delitos comunes que hubiera cometido. Las fuerzas del gobierno eran superiores en número y armas a las de Gaitán, pero afortunadamente para él, habían sido neutrales ante el conflicto. Mientras se dirigía con el General Capella Toledo a Bogotá, sus hombres, todavía armados volvieron a cruzar el Magdalena. Núñez tuvo indudablemente una actitud muy indulgente; por una parte no tenía ningún interés especial de fortalecer la posición del General Aldana, quien era impopular y persona poco confiable, y quizá el presidente tenía la esperanza de que renunciara. Por otra parte, era necesario tener en cuenta el precario equilibrio de la situación política del país y el presidente no quería hacer la primera movida contra los radicales. Quizá también lo movió la prudencia: Núñez no contaba con un ejército que respaldara una actitud menos conciliatoria y cualquier intento de severidad no solamente hubiese fracasado, sino que habría empeorado la situación, de por sí ya muy delicada. La declaración pública que hizo después del suceso es una obra maestra de ambigüedad:

“Los guerrilleros de Cundinamarca se excedieron en Guaduas, pero no todos; y en estas materias, dominados por la pasión, es difícil por otra parte, aplicar a los hechos un criterio atinado. La guerra es la barbarie, y por esto hay que impedirla a todo trance. Todos los bandos cometen abusos

<sup>22</sup> A Hincapié Espinosa, *La Villa de Guaduas*, 2a. edición, Bogotá, 1968, pp. 284-285.

cuando ciegos de cólera se lanzan como chacales a dar muerte colectiva a sus adversarios, y solo Dios puede señalar, después de la victoria, los que solo merecen el estigma de asesinos y los que sí tienen derecho a ser llamados caballeros”<sup>23</sup>.

El 23 de octubre el ministro británico informó que Gaitán, un “rufián”, estaba ya en Bogotá, y conspirando además. Ante la insistencia de Núñez el general Capella Toledo lo presentó al presidente y después ambos afirmaron que Gaitán se había comprometido a no participar en ningún conflicto futuro, pero Gaitán negó que esto fuera cierto. Se decía que al abandonar el palacio presidencial le dijo a los amigos: “Acabo de estar con el Dr. Núñez que cree que me va a comprar con una taza de té; y le voy a mostrar que está equivocado”. Una colecta para fondos revolucionarios hecha entre esos mismos amigos reunió cinco pesos y “naturalmente él no aceptó esa suma tan ridícula”. Francisco de Paula Borda, un radical, que había salido a su defensa en la prensa, le dio consejo y ayuda. En sus memorias Borda describe cómo al conocerse la noticia de que fuerzas radicales de Santander habían invadido a Boyacá, Gaitán se reunió con el “directorio liberal”, y cómo él, Borda, había planeado para Gaitán una campaña en el Magdalena:

“Lo describí detenidamente en una multitud de pequeñas tarjetas mías, con el objeto de que pudiera llevarlas ocultas en el chaleco”.

El episodio ilustra bien la naturaleza del liberalismo de la época: de un lado, el hombre de provincia, arriesgado, belicoso e indudablemente de extracción social relativamente humilde, y del otro, Borda, radical fanático no obstante ser también un patricio, escribiendo, civil como era, su plan de campaña en tarjetas de visita, que tan cómodamente cabían en el bolsillo del chaleco. No queda la menos duda que en los hábitos sociales del partido existía una buena dosis de democracia<sup>24</sup>.

Todavía no se veía muy claro lo que iba a suceder en Boyacá y Santander cuando Gaitán, aparentemente siguiendo las instrucciones de la primera tarjeta, salió de Bogotá con dos compañeros —su camarada, el general Francisco Acevedo<sup>25</sup>, de vieja y distinguida familia bogotana, y un tal sargento Sabogal, quienes permanecerían a su lado hasta el final de la campaña. Inclusive algunas

<sup>23</sup> Para los detalles del asalto, véanse los relatos citados anteriormente; en el juicio el fiscal explotó mucho la asociación con la “culebra”. Sobre la “culebra” de Bucaramanga, la “culebra pico de oro”, véase J.J. García, op. cit., pp.240 y sig. El cónsul de los Estados Unidos en Sabanilla informó sobre los mismos hechos y con mucha exageración, bajo el encabezamiento de “La comuna en Colombia”. Cónsul E.B. Pellet al Departamento de Estado, septiembre 17 de 1879 (Archivos Nacionales de los Estados Unidos, Microfilm, Colombia, Consulados, Sabanilla, rollo 4) Donde mejor están resumidas las opiniones de Núñez sobre la creciente tensión social es en *Reforma Política*, Vol. I (i), “Urbi et Orbi”, pp. 99-103. J.J. Guerra, en *Viceversas Liberales*, Bogotá 1923, se refiere al Cuadro de Chicusa, pero no da detalles, p. 292. En el proceso se menciona el acuerdo con Capella Toledo, el “Pacto de los Tebaides”. Las explicaciones de Núñez están en *Reforma Política*, I (ii) “Reflexiones”, pp. 257-261.

<sup>24</sup> Para los informes del ministro británico, St. John a Granville, octubre 10 de 1884, octubre 23 de 1884, diciembre 22 de 1884, FO 55-302. Para la visita de Gaitán Obeso a Núñez, véase en especial, L. Martínez Delgado *A Propósito del Dr. Carlos Martínez Silva*, 2a. edición, Bogotá 1930, p. 171. Para sus relaciones con Francisco de Paula Borda, véase la autobiografía de éste *Conversaciones con mis hijos*, ed. José M. de Mier, 3 vols., Bogotá 1974, Vol. II pp. 132-134. Estas memorias no son siempre confiables en los detalles, pero ofrecen una buena muestra de la mentalidad de la clase alta progresista en el siglo XIX.

<sup>25</sup> Acevedo era descendiente de el “Tribuno del pueblo” de 1810, José Acevedo y Gómez. Véase *Proceso* p. 122.

personas pensaban que Acevedo fue su consejero intelectual permanente. Es así como tres personas iniciaron lo que llegaría a ser una destructiva campaña de ocho meses. Los documentos del juicio y los otros relatos nos permiten analizar con notable exactitud la forma como lo lograron.

En Subachoque, un pueblo decididamente liberal en los límites de la Sabana, reunieron veintidós hombres y en La Vega “allí se nos reunieron unos cuarenta hombres”<sup>26</sup>. Gaitán, evitando combatir con las fuerzas gubernamentales, ya fueran federales o del estado, logró bajar rápidamente al puerto de Honda, donde comenzaba la navegación en el bajo Magdalena. Entre Bogotá y Honda pudo reunir ochenta hombres, sobre los que no existe la menor información, pero lo más posible es que para un cabecilla como él no haya sido difícil reunir semejante grupo en esa época. Gaitán conocía la región y quizá todavía gozaba de algún prestigio local como antiguo prefecto del Tequendama y, región al sur inmediatamente colindante. Además, como en Santander, allí se sentían las consecuencias de la depresión de las exportaciones del café, y en estas épocas de crisis, los hacendados contrataban menos trabajadores, reducían los salarios y dejaban crecer la maleza. Estas circunstancias afectaban rápidamente toda la vida económica de la región, y, al igual que en Santander, la situación se agravaba porque por lo general las gentes no se preocupaban por sembrar productos alimenticios en las regiones cafeteras. Ni en Santander ni en Cundinamarca esta miseria produjo ninguna protesta amplia y definida, pero sí la tendencia a la rebelión que describió tan bien Carlos Calderón en Santander, y también esta parte de Cundinamarca era un área donde había habido inmigración y donde muchos de sus habitantes se habían alejado de la clase de controles sociales que todavía predominaban en las tierras frías. Junto con esta gente disponible, los rebeldes consiguieron caballos y mulas, y tal como lo había demostrado en Guaduas, Gaitán no era un jefe muy escrupuloso, así que pudo reunir su pequeño ejército sin dificultades. Honda estaba virtualmente sin defensas y esto era todo lo que él necesitaba<sup>27</sup>.

En Honda, según escribía Gaitán más tarde, “se nos reunió una pequeña fuerza venida de Ambalema”, posiblemente los mismos hombres que habían participado en el ataque de Guaduas. Pero mucho más importante eran los otros recursos que la ciudad podía suministrar, en especial dinero. La toma del correo le produjo \$70.000 y en Caracolí, un poco más abajo en el río, capturó varios buques de vapor y con noventa hombres —había dejado algunos en Honda— avanzó aguas abajo, incautando la mercancía que encontraba en las distintas bodegas a lo largo del río para rematarla luego —café, pieles, sal y algunas mercancías extranjeras que se importaban al interior. Además confiscó ganado y caballos<sup>28</sup>. Para ganar el siguiente objetivo, la ciudad liberal de la costa, Barranquilla, Gaitán empleó una combinación de promesas y engaños: exageró el número de sus fuerzas y afirmó que Núñez estaba ya en manos de los con-

<sup>26</sup> Uno de ellos fue otro veterano tolimense de Garrapata y combatiente notable, Cenón Figueredo.

<sup>27</sup> En Colombia, con un ejército federal de unos 3.000 hombres, había muy pocas guarniciones. En la región habría algunas fuerzas del estado de Cundinamarca, pero no las suficientes para sofocar un movimiento de esta clase. La policía era todavía más débil, en Bogotá había menos de sesenta agentes para vigilar una ciudad de 50 ó 60.000 habitantes más los alrededores, “Nosotros no tenemos policía rural sino teórica” (Núñez, *Reforma Política*, Vol. I (i), “El pueblo colombiano”, p. 320). Cifra de habitantes de Bogotá de A. Hettner, *Viajes por los Andes Colombianos 1882-1884*, Bogotá, 1976, p. 77.

<sup>28</sup> En su viaje por el río, Gaitán Obeso se encontró con el nuevo Arzobispo de Bogotá, Ilmo. Señor José Telesforo Paul a quien trató en forma muy cortés. Esto le pudo haber sido útil en días más difíciles para él. Véase J.M. Cordovez Moure, *Reminiscencias de Santa Fe y Bogotá*, Madrid, 1962, p. 308.



servadores. En Barranquilla no había suficientes soldados de la Guardia Colombiana para defender la ciudad —únicamente 60— que prefirieron no prestar resistencia. La verdad es que, fieles a sus orígenes radicales, se pasaron al bando de los rebeldes. La entrada de Gaitán a la ciudad fue un desfile triunfal y ciudadanos eminentes en sus coches cerraban la retaguardia del pequeño ejército de doscientos hombres, en el que, según un relato, había cuarenta generales. En Barranquilla, Gaitán no solo consiguió que se le unieran soldados veteranos, sino que también, de acuerdo al informe del vice-cónsul británico, reunió un pie de fuerza de 2.500 hombres y recursos económicos mucho más considerables que los que había logrado reunir en su corta estadía en Honda y en su rápido viaje por el Magdalena<sup>29</sup>.

Los informes que se presentaron en el juicio de Gaitán muestran cómo esta clase de revolución se financiaba sola. Gaitán tomó \$70.000 en el correo de Honda. Luego hizo rápidas subastas a la orilla del Magdalena, muy generosas para los compradores con dinero contante y sonante, porque Gaitán no tenía ningún interés en mantener los precios de los cueros, el café o la sal, sino conseguir efectivo. A sus hombres les pagaba intermitentemente y tenía fama de ser un jefe generoso. En Barranquilla en las oficinas del ferrocarril encontró 35 cajas con monedas de níquel por valor de \$42.500, en los correos tomó \$40.000 y en la agencia del Banco Nacional \$6.000 en pagarés. Puso preso al hijo del administrador de aduanas y consiguió que éste le entregara pagarés por un valor de \$64.000, y al tomar la aduana, según los cálculos del fiscal en el juicio, logró recaudar alrededor de \$440.000 en los meses de enero y febrero, antes de que el gobierno consiguiera cerrar parcialmente el puerto. Cuando el gobierno tuvo noticia de que Barranquilla estaba en manos de los rebeldes, declaró el cierre del puerto e informó a sus agentes en el exterior para que éstos se lo hicieran saber a los exportadores y a los barcos, pero de todas maneras tomó un tiempo antes de que se acabara completamente el tráfico. Gaitán Obeso también tuvo la fortuna de encontrar en la aduana \$150.000 que eran las entradas de las dos últimas semanas de diciembre. En los meses siguientes, el general y sus subordinados recaudaron tres préstamos forzosos entre los partidos locales del gobierno, por un total de \$530.000. El fiscal calculó el total de estas extorsiones en \$1.332.500 y esto no fue todo. Se decía que el ejército de Gaitán había incautado 2.000 “bestias” y 3.000 cabezas de ganado. Por otra parte estaban las subastas sobre las que no quedó ningún informe y los otros saqueos. Don Esteban Márquez, dueño de una hacienda en las vecindades, declaró que solamente él había perdido 800 cabezas de ganado. Además, a los propietarios los ofendía la forma despreocupada como los rebeldes vendían el botín pidiendo 7 u 8 reales por un sombrero o por una pieza de tela. Gaitán también impuso y recolectó impuestos, elevó el gravamen sobre el sacrificio de ganado a \$15 por cabeza, lo cual duplicó el precio de la carne. Como Barranquilla era una ciudad predominantemente liberal, muchas personas aceptaron calladamente los sacrificios que debían hacer por la causa, y aun cuando se tiene en cuenta que Gaitán tenía que hacer rebajas considerables para conseguir dinero en efectivo, es indudable que el general Gaitán logró reunir un buen fondo de guerra. A las personas que se les imponía un empréstito se las encarcelaba hasta que los familiares lo pagaran y las condiciones en la prisión se hacían más desagradables a medida que pasaba el tiempo:

<sup>29</sup> Véanse los informes en el *Proceso* y en Palacio, op. cit. También Rudecindo L. Cáceres, *Un soldado de la República en la Costa Atlántica*, Bogotá 1888. Cónsul Stacey a Granville, enero 5 de 1885. FO 55-315.

"Ya en Barranquilla los amigos y enemigos están penetrados de que la revolución expira. Por eso hay un desaliento profundo entre los rebeldes contra el gobierno de la Unión, y por eso los empréstitos se están cobrando, poniendo a sitio a las personas, a quienes en la prisión se les priva de cama, asiento, agua y alimentos. Así he presenciado que se ha hecho, ha poco, con Joaquín Lamadrid y Lucas Barros, por un segundo empréstito. A este último se lo metió en un excusado"<sup>30</sup>.

En el interior del país, el gobierno del presidente Núñez se estaba viendo obligado a hacer lo mismo, pero en forma más ordenada. Al comienzo de la guerra civil, ni el gobierno ni los revolucionarios tenían recursos. El 31 de diciembre de 1884, Núñez decretó un empréstito por \$600.000 que se impondría entre los que se juzgaran ser liberales enemigos del régimen en Cundinamarca. En la prensa aparecieron las listas de los nombres con las cifras de lo que deberían pagar al frente de cada uno. La recaudación se entregó a arrendatarios del impuesto y a las personas que aparecían en las listas se les advirtió que cualquier intento de discutir la suma o la evaluación de ésta, haría elevar inmediatamente la misma. A los que pagaran inmediatamente les daban alguna esperanza de reembolsarles su dinero algún día, y a los que no, les enviaban guardias para que los vigilaran en la casa hasta que pagaran.

Los recursos normales del gobierno se perdieron, como en el caso de los de la aduana de Barranquilla, que era la más productiva del país, o quedaron muy disminuidos: la venta de sal de las minas de Zipaquirá, que en esa época constituía la quinta parte de los ingresos del gobierno, quedó restringida a la pequeña área alrededor que todavía estaba bajo el control del gobierno. Algo se pudo hacer respecto al monopolio de emergencia sobre el sacrificio de ganado, y a diferencia de los revolucionarios, Núñez estuvo listo a utilizar el recurso arriesgado del papel-moneda, a pesar de que los billetes se desvalorizaron inmediatamente a más de una tercera parte de su valor nominal y solo podían hacerse circular con grandes dificultades. Más tarde, el gobierno pudo imponer un empréstito más productivo en Antioquia. A comienzos de la revolución, Núñez disponía de solo setecientos hombres confiables en el ejército y quedó aislado del campo más fértil de reclutamiento que era Boyacá. En realidad, por puras razones geográficas, no tuvo más remedio que recurrir al "Ejército de Reserva" conservador<sup>31</sup>.

<sup>30</sup> Cifras del Proceso.

Los sistemas de coacción empleados por Gaitán están tomados de la publicación oficial del gobierno *La Rebelión — Noticias de Guerra*, Bogotá, 1885, p. 185, carta de Daniel Olaciregui. La renuencia de Gaitán para emitir un papel moneda se menciona en Cáceres, op. cit., p. 31: "papel-moneda que, por su historia, bien conocida ya, es tan peligrosa para las naciones". En este punto, como en muchas otras cosas, Núñez demostró ser más revolucionario que la revolución.

<sup>31</sup> Para la lista de los contribuyentes al primer empréstito forzoso, véase *Diario Oficial*, Año XXI, No. 6.273, enero 5 de 1885. A muchos liberales importantes se les fijó una suma de \$5.000, y las contribuciones fluctuaban entre esa suma y \$100, excepto una casa comercial a la que se le gravó con \$10.000. Véase también Núñez, *Reforma Política*, II, "Salud populi suprema lex, o la dictadura inevitable", pp. 191-199; St. John a Granville, 22 de enero de 1885. FO 55-310.

Sobre las relaciones de Núñez con los conservadores, véase M.A. Nieto, *Recuerdos de la Regeneración*, Bogotá, 1924, *passim*, y para la versión de uno de los principales actores, Carlos Holguín, *Cartas Políticas*, Bogotá, 1951. La obra de Nieto es la mejor fuente para el "Ejército de Reserva", y sobre los expedientes desesperados del gobierno Carlos Holguín escribió más tarde: "aparecerán los fundadores del régimen que ha salvado a Colombia. . . no ya como una nidada de ladrones, sino de rateros". *Cartas*, p. 194.

La geopolítica del país al menos tranquilizaba al ministro británico en Bogotá: "En realidad este es el lugar más seguro del país, debido a la inmensa preponderancia del partido conservador que aquí apoya al gobierno." St. John a Sir Julian Pauncefoot (privada), enero 22 de 1885. FO 55-310.

No obstante del éxito inicial de la campaña, Gaitán Obeso sabía que no podría formar un gran ejército en la costa. Se había apoderado de Barranquilla, de casi todos los barcos del Magdalena, había dominado la reducida guarnición de la ciudad y podía contar con "la opinión" de casi toda la ciudad. Además disponía de más de cuarenta "generales", es decir, con suficientes jefes y coroneles para comandar fuerzas mucho mayores. Es interesante recordar los nombres de algunos de ellos: Capitolino Obando, hijo de José María Obando, quien había sido la figura más popular en la historia de la República: Patricio Wills, hijo de Guillermo Wills, el principal comerciante inglés del interior del país y de quien hasta el ministro inglés admitía que era un caballero. Tal como sería evidente en la batalla de La Humareda, la lucha no estaba reservada únicamente para las clases bajas, y aún una expedición como la de Gaitán atraía hombres de apellidos ilustres. La dificultad de luchar en la costa se debía a que era difícil reclutar soldados entre su escasa y dispersa población, dificultad que después de numerosas guerras los generales colombianos conocían muy bien. También observó esta dificultad el diplomático, político y hombre de letras José María Samper quien tomó parte de la defensa de Cartagena contra las fuerzas de Gaitán. Samper escribió que Gaitán contaba con los sentimientos producidos por la rivalidad comercial entre Barranquilla y Cartagena y se podría añadir que también con los celos que despertaba el hecho de que Núñez fuese cartagenero. Pero Samper observó correctamente que el Estado de Bolívar "no es, ni ha sido nunca, en su generalidad, belicoso". El escritor tenía la intuición de que, detrás de esta falta de agresión, existía una explicación de tipo ecológico: "Sus poblaciones, dadas al comercio, la agricultura, la industria pecuaria y la navegación interna, de cabotaje y costera, son esencialmente pacíficas; y solo Cartagena, ciudad necesariamente heroica por sus tradiciones y carácter, conserva instintos que, especialmente para la defensiva, pueden disponerla a la guerra". Los patrones de distribución de la población hacían muy difícil el reclutamiento forzoso y había, además, muy poco descontento popular y muy escasos sentimientos de radicalismo extremo: "solamente en el distrito de la Ciénaga, y en muy escasa medida en el de Santa Marta, existían partidarios del radicalismo que pudieran apoyar la Rebelión". Y en la costa a Gaitán le faltaba ese elemento esencial de la fama: "Gaitán era totalmente desconocido en los Estados del Atlántico, y ninguna reputación había tenido como caudillo militar, ni menos como hombre político". Para aumentar su ejército tenía que regresar al interior del país, lo cual procedió a hacer, dejando un pequeño destacamento en Barranquilla<sup>32</sup>. Regresó por el río a Honda y en el camino se le unieron varios cientos de nuevos voluntarios procedentes de Santander, Cundinamarca, Tolima y Antioquia. Volvió a Barranquilla el 11 de febrero, a tiempo para derrotar el ataque a la

Véase también MSS No. 29., "Correspondencia dirigida al General Antonio B. Cuervo, 1885", Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá, para cartas referentes a la formación del Ejército de Reserva.

<sup>32</sup> Las observaciones de J.M. Samper sobre las posibilidades militares de la costa se encuentran en *El Sitio de Cartagena en 1885, Narraciones Históricas y descriptivas en prosa y verso*, Bogotá, 1885, pp. 105-108. Las regiones de la costa no estaban densamente pobladas y las condiciones de vida ofrecían una existencia relativamente fácil e independiente para los que se contentaron con vivir de plátanos y pescado, precisamente la clase de población que era difícil entusiasmar y todavía más complicado reclutar, a pesar de que su simpatía era predominantemente pro liberal. Para un relato sobre la facilidad de vida de los costeños, véase el comunicado del Cónsul de los Estados Unidos Thomas W. Dawson al Departamento de Estado, Barranquilla, agosto 23 de 1884. Los salarios en la costa eran altos, lo cual dificultaba siempre el reclutamiento: "el trabajador no trabaja por dinero únicamente, sino que exige que se le trate como a un hombre libre". (Microfilm de los Archivos Nacionales de los Estados Unidos, Colombia, Consulados, Barranquilla, rollo 1), véase también General Pedro Sicard Briceño, *Geografía Militar de Colombia*, Bogotá, 1922, pp. 67-69: "El costeño: por lo común de color, hablador, fanfarrón, fuerte en su clima, valeroso en algunas regiones y aseado; enemigo del cuartel en todo tiempo". (El subrayado es nuestro).

ciudad que habían planeado los partidarios locales de Núñez. Gaitán era dueño del río, de los barcos y de Barranquilla y contaba con un ejército que debía ser de más de mil hombres: en ese momento debió haber presionado al enemigo.

Sin embargo en los próximos quince días Gaitán asumió una actitud dilatoria. De acuerdo al no siempre confiable pero siempre terminante Dr. Borda, las instrucciones en las tarjetas de visita eran las de atacar inmediatamente a Cartagena, que sin duda hubiera tenido entonces menos posibilidades de defenderse de las que tuvo cuando Gaitán la atacó más tarde. En realidad es posible que esa hubiera sido la mejor táctica, aunque algunos sostenían que lo mejor habría sido reforzar la revolución en el interior o invadir a Panamá. Pero al final, la revolución en el interior resultó ser mucho más débil de lo que había parecido en un principio: las fuerzas del gobierno volvieron a tomar a Honda, los radicales fueron derrotados rápidamente en el Cauca y muy pronto perdieron a Antioquia, estado en el que nunca habían logrado contar con suficiente opinión pública. Las campañas de los radicales revolucionarios en Boyacá y Santander eran realmente patéticas por su falta de dirección e ineficacia, a los rebeldes les faltaban municiones y las divisiones internas impedían llegar a acuerdos sobre una estrategia común<sup>33</sup>.

De todas maneras, es muy poco lo que Gaitán hubiera podido hacer. Siendo Colombia un país pobre, los ejércitos tenían que mantenerse alejados, y un elemento importante en una dirección militar acertada, era reconocer las capacidades limitadas de subsistencia que ofrecía cada región. Dirigirse a Santander con su ejército hubiera significado una marcha muy peligrosa e indirecta, a través de un territorio hostil y difícil. Cauca era inaccesible; Antioquia no fue nunca la tierra prometida para ningún radical instintivo; y Tolima, aunque era el teatro preciso para crear problemas, no ofrecía las condiciones para una victoria decisiva.

Además lo que faltaba en el interior, no eran jefes —de los que siempre había muchos— ni hombres, sino armas y municiones y Gaitán no podría suministrarlas. En cambio, podía atacar a Cartagena, y para el gobierno que combatía otra revolución en Panamá, un estado notoriamente inestable, y con Gaitán en Barranquilla, la caída de Cartagena hubiera significado la pérdida de toda la Costa Atlántica. Algunos sostienen que Cartagena no ofrecía a los rebeldes ninguna ventaja estratégica adicional a la que ya tenían con la ocupación de Barranquilla. Sin embargo, la ciudad heroica en manos del gobierno constituía una amenaza y la toma de la ciudad hubiera significado un golpe para el prestigio de Núñez, pero sobre todo, contribuido a mantener el impulso de la revolución. Ni el gobierno ni los revolucionarios contaban con una información muy completa sobre la situación de sus enemigos sobre la cual elaborar cálculos más sutiles, y los rebeldes con más experiencias conocían el peligro que significaba la pérdida de impulso. Sabían que un gobierno conserva su reputación, y aún la aumenta, con cada día que pasa sin un informe sobre un triunfo revolucionario. El gobierno necesitaba tiempo, tiempo para imponer gravámenes, tiempo para reclutar y entrenar hombres, y por eso las primeras etapas de una emergencia

<sup>33</sup> Sobre el curso de la revolución en el interior del país, véase *La Rebelión-Noticias de la Guerra*, citado más arriba; General Guillermo E. Martín: *Campaña del Ejército del Norte en 1885. Relación Documentada*, Bogotá, 1887; E. Pérez, *Vida de Felipe Pérez*, Bogotá 1911, pp. 215-267; F. Soto, *Memorias sobre el movimiento de resistencia de la dictadura de Rafael Núñez*, 2 vols., Bogotá, 1913, I, pp. 117-284. Para el Cauca, véase A. González Toledo, *El General Eliseo Payán*, Bogotá, 1887, y E. Lemaitre, *Reyes*, Bogotá 1953.



eran casi siempre decisivas. La opinión era muy importante para el gobierno—Núñez difícilmente hubiera podido sobrevivir sin el apoyo voluntario de los conservadores, materializado en el Ejército de Reserva—pero la lenta maquinaria de reclutamiento y de los empréstitos también contaba muchísimo. Por esta razón, una campaña revolucionaria como la de Gaitán Obeso debía mantenerse activa. En su ejército no había mucha disciplina formal, los hombres se unían a él por entusiasmo que se evaporaba con las demoras, o por el deseo del botín que también los hacía impacientes: “El voluntario en las guerras civiles exige de sus jefes maniobras rápidas y afortunadas. No comprende los movimientos estratégicos de los ejércitos regulares. Se enroló para combatir, y si tardan los combates considera perdida la aventura”<sup>34</sup>.

Esto no quiere decir que Gaitán Obeso hubiera permanecido completamente inactivo: en primer lugar, hizo los arreglos para enviar al coronel Benjamín Gaitán (no era pariente suyo) a Nueva York para comprar armas y uniformes con \$120.000 que incluían \$80.000 en oro. Esta comisión sería el origen de un gran escándalo y originaría muchos debates<sup>35</sup>. En segundo lugar, Gaitán Obeso era “ardoroso en los placeres”. Tal como más tarde lo expresara Celso Rodríguez, un liberal amargado por la derrota:

“Los conservadores debieran levantar dos monumentos. Uno a xx, que se engulló los \$300.000 oro, que se le enviaron de Barranquilla a Nueva York para comprar armas y municiones, y otro a las dos Margaritas. Margarita P... que entretuvo a Gaitán veinte días después del 11 de febrero, y Margarita la bella trigueña del Sinú que fue la causa de que Rangel, el jefe del batallón Ocaña, le tomara tan mala voluntad a Gaitán que juró vengarse de él no dejándole la gloria de tomar a Cartagena”.

Julio H. Palacio escribe que “Barranquilla fue para Gaitán, proporciones guardadas, lo que Capua para Aníbal”<sup>36</sup>. Gaitán no marchó contra Cartagena sino a finales del mes y el 11 de febrero sería el punto álgido de su campaña.

El sitio de Cartagena, una fortaleza todavía formidable después de sesenta años de dilapidación republicana, dejó descripciones tanto de sitiadores como

<sup>34</sup> Sobre la importancia especial que Cartagena tenía para Núñez, véase Palacio, op. cit., p. 169 y siguientes. Era su ciudad natal y fue la base de su actividad política cuando regresó en 1874 de sus misiones consulares en Europa. El sitio lo inspiró poéticamente: “A Cartagena cercada por bandidos”. Gaitán hubiera podido atacar más rápidamente y haber tenido mejor suerte. Finalmente el veredicto de Felipe Pérez fue el correcto: el sitio fue “una úlcera cancerosa para nuestra causa”. F. Pérez, op. cit., p. 265.

<sup>35</sup> Benjamín Gaitán llegó a Nueva York y logró enviar un despacho que llegó más o menos un mes después y que consistía en 1.200 rifles Peabody, 2 ametralladoras, 300.000 cartuchos, unas cuantas docenas de espadas y uniformes para varios cientos de soldados. También una espada de parada para el general Hernández de Santander. Todo el lote y su despacho en el buque “Ciudad de México” se calculó en menos de \$22.000. Véase *Proceso*, p. 42 y ss.; *La Rebelión*, p. 158. Los agentes tuvieron que sobornar a la policía de Nueva York, que estaba presionada a impedir la salida del barco por el cónsul colombiano (Martín, op. cit., p. 248) pero de todas maneras sobró una suma considerable la cual explica Benjamín Gaitán en forma convincente en *Una Exposición*, Nueva York, 1885, diciendo que lo que quedó lo traspasó al cónsul colombiano en Nueva York.

La firma que Benjamín Gaitán contrató en Nueva York fue la de Santiago Pérez Triana, hijo del antiguo presidente radical Santiago Pérez, y quien inspiraría a Joseph Conrad el personaje de Don José Avellanós en *Nostromo*. La suerte que corrieron esos fondos constituyó por mucho tiempo un tema espinoso en las filas liberales. Entre otros, Vargas Vila, a quien los rumores pueden haberle sugerido el comentario de que “Don Santiago dejó dos obras: un libro que nunca se vende y Santiaguito que se vende todos los días”. (ed. C.T. Watts, *Joseph Conrad's Letters to Cunninghame Graham*, Cambridge 1969, p. 159 y 206-8). Y no es que Vargas Vila necesitara hechos!

<sup>36</sup> J.H. Palacio op. cit., p. 59.

de sitiados. En cuanto a las operaciones militares, es suficiente con que aquí presentemos un breve resumen. El ejército de Gaitán, que a veces contaba con más de mil hombres, nunca fue suficiente para llevar a cabo un asalto o un bloqueo. La influencia conservadora y del gobierno dentro de la ciudad era muy fuerte y los defensores se movieron con suficiente rapidez como para impedir la clase de traición y golpe armado que se habían presentado en Barranquilla, la ciudad que despertaba la rivalidad de Cartagena. A pesar de que los enemigos de Gaitán exagerarían más tarde las amenazas de éste de dinamitar y asediar la ciudad, la verdad es que la artillería de Gaitán era completamente insuficiente para esta tarea y, después de un tiempo, dejó de atemorizar a los cartageneros. Los radicales en realidad no estaban en capacidad de sostener un sitio estrecho, ni siquiera cuando venían a reforzarlos soldados dispersos de los ejércitos derrotados en el interior del país. Barcos de guerra americanos, ingleses, franceses y españoles se hicieron presentes en distintos momentos en la bahía, y los sitiadores se quejaban de que su presencia complicaba las cosas para ellos, pero los sitiados decían más o menos lo mismo. En todo caso es difícil ver en qué forma esos barcos influyeron en el curso de los acontecimientos, aunque quizá hayan tenido un efecto de restringir o limitar las operaciones militares<sup>37</sup>. Con la llegada de comandos de "más larga trayectoria" procedentes de Boyacá y de Santander, se redujo la posición de Gaitán a la de comandante de uno de otros tantos ejércitos, y al fin y al cabo, su jefatura, no obstante sus fallas, había sido única, lo cual permitía un comando definido y claro. Los recién llegados —Vargas Santos, Sergio Camargo, Daniel Hernández y otros— no habían logrado imponer una estrategia efectiva en el interior y nuevamente fracasaron en la costa. Los problemas que se presentaron fueron mucho más complicados que simples conflictos surgidos de la vanidad individual, aunque estos últimos, como en cualquier ejército también se hicieron presentes. Los distintos ejércitos desconfiaban el uno del otro. Además era muy difícil conseguir hombres de las tierras frías dispuestos a luchar en la costa, y la mayoría terminaba desertando calladamente. Por otra parte, en cada grupo muchos hombres estaban ligados a sus jefes por vínculos mucho más estrechos que los de un reclutamiento fortuito, lo unían experiencias comunes y los lazos de antecedentes geográficos similares. Foción Soto describe los sentimientos que abrigan sus sufridos santandereanos respecto a los hombres de Gaitán, que tan buena vida se habían dado en la costa. "Ya se hablaba de las enormes dilapidaciones que se hacían en la Costa por el ejército del Atlántico, y de la excelente vida que se daban sus jefes; y que de consiguiente, la llegada allí de un ejército hambriento cuando esos cuantiosos recursos debían estar ya a punto de agotarse, iba a ser un entorpecimiento grave para quienes estaban acostumbrados a disponer sin traba de centenares de miles de pesos, y un motivo inevitable de discordia entre soldados que debían estar ya cansados de medio vivir, y otros llenos de dinero y de comodidades"<sup>38</sup>. Con una administración militar tan incierta, la competencia por los recursos era con frecuencia tan intensa entre los aliados como entre éstos y el

<sup>37</sup> Palacio, op. cit., 164 y ss., para los detalles de estos encuentros. Para las objeciones de los defensores, véase Samper, op. cit., pp. 171 y ss. Samper afirma que el cónsul Stacy de Barranquilla era muy partidario de los rebeldes, y de los ingleses en general dice: "Los ingleses no querían comprender estas cosas tan elementales (lo que constituye un beligerante); y es lo cierto que nos incomodaron todo lo posible, como si el gobierno de Colombia no fuese muy leal y liberal amigo del de la Gran Bretaña". Las comunicaciones de Gaitán Obeso con los comandantes navales de los Estados Unidos están en E. Pérez, op. cit., pp. 283 y ss. Véase también Palacio, op. cit., p. 188.

<sup>38</sup> F. Soto, op. cit., pp. 16-20 para los argumentos alrededor de enviar ejércitos a la costa y sobre sus temores sobre el clima y las fricciones entre los distintos jefes militares y los distintos ejércitos.

enemigo, y cada jefe era también en representante político de sus hombres<sup>39</sup>. Es posible ver en los informes sobre esta última fase de la guerra que los distintos ejércitos revolucionarios nunca conformaron en realidad una fuerza única y el asalto a Cartagena el 7 de mayo de 1885, que fue su esfuerzo más conspicuo, fue rechazado en forma efectiva y con grandes pérdidas para los rebeldes.

Aunque el sitio no reviste mayor interés desde el punto de vista militar, en él se presentaron varios episodios significativos. El relato que hace Samper es revelador, como la mayoría de sus escritos revela más del simple despliegue de virtudes cívicas que parece hacer. El relato muestra las corrientes de opinión dentro de la ciudad, el prestigio de Núñez y del General Santodomingo Vila, encargado de la defensa. Muestra además que había voluntarios para la defensa del gobierno y describe cómo los que llegaron a Cartagena a luchar por la causa oficial, se negaron a desembarcar si antes no se les entregaba rifles. Habían dejado los suyos con las fuerzas que se quedaron defendiendo Riohacha, y los voluntarios temían que se los confundiera con soldados reclutados a la fuerza a quienes no se les dieran armas. Samper describe el batallón cívico o compañía cívica nacional, que él mismo organizó y dirigió: "entre ellos sonaban apellidos ilustres o muy notables en Cartagena, como los de Vélez, Araújo, Posada, Piñeres, Jiménez, Villa, Grau, Morales, Espriella, Calvo y muchos otros". Según el autor, no era un cuerpo exclusivo pero sí armonioso: "en el cuerpo se hallaban soldados periodistas, capitalistas, abogados, empleados públicos y dignísimos negociantes y artesanos". En el interior de la ciudad también había radicales. Varias veces Samper hace referencia a un barrio contrario al gobierno, y se envió a la cárcel a algunos radicales importantes. Samper dice de los radicales "que pertenecían en su gran mayoría a la gente de color, y los acusa de hacer circular rumores malintencionados, como que los conservadores masacrarían a los liberales; que si perdían los radicales se reimplantaría la esclavitud; que los ricos estaban especulando con el hambre de los sitiados. Es curioso que el rumor sobre la esclavitud pudiera circular treinta años después de su completa abolición, en cambio es obvio que los otros rumores se podían difundir muy fácilmente.

En el relato del sitio, aparecen otros puntos de interés, como por ejemplo, que las noticias sobre el incendio de Colón por obra de Pedro Prestán, fortale-

<sup>39</sup> Esto explica en parte la multiplicidad de jefes, fenómeno que tanto recalcaron los observadores extranjeros. Los hombres procedentes de una localidad determinada insistían que se reconociera el rango de su jefe inmediato a fin de asegurar su posición dentro del ejército. Esto era indudablemente un inconveniente - "La superabundancia de Jefes y Oficiales obligaba a formar cuerpecitos de sesenta y ochenta plazas, que apenas podían ser compañías, organización sumamente viciosa y perjudicial. . .", pero no se trataba simplemente de simple vanidad pueril la cual, según Soffia, también existía -véase su informe citado más arriba, p. 131-, sino el resultado de la forma como se conformaban esos ejércitos: "... no era posible someter a personas relativamente notables, que de esa clase eran los que habían adherido al movimiento, en casi todas las poblaciones, a la condición de individuos de tropa, obligarles a marchar pie sin la más absoluta necesidad, y hacerles de todos modos más ponderosos los sufrimientos que la mayor parte de ellas por solo patriotismo iban a afrontar". F. Soto, op. cit., Vol. I p. 157. Esta multiplicación e igualdad de rangos refleja la debilidad del gobierno central y una sociedad relativamente indiferenciada. No se trataba simplemente de una característica latinoamericana: v. Mrs. Francis Trollope, *Domestic Manners of the Americans*, ed. D. Smalley, Nueva York, 1960, p. 18: "Definitivamente los caballeros que había en el camarote, (no había señoras) ni por su forma de expresarse, ni por sus maneras o apariencias, hubieran sido llamados tales en Europa; pero pronto nos dimos cuenta que su pretensión a este título descansaba sobre bases más firmes, porque oímos que a casi todos se les daba el título de general, coronel y mayor. Poco tiempo después, al mencionar estas dignidades militares a un amigo inglés me dijo que él también había viajado con la misma clase de compañía que yo le describía, y cuando observó que no había un solo capitán entre ellos, le preguntó a un compañero de viaje cuál podría ser la explicación. "Ah, señor, es que los capitanes están todos en la cubierta" contestó el amigo". La señora Trollope se refería a los rangos de las distintas milicias norteamericanas.

cieron, como la artillería de Gaitán, la voluntad de resistencia<sup>40</sup>; la valorización de la hasta entonces desprestigiada moneda de níquel frente a cualquier clase de papel —“a cada puerco le llega su San Martín”; el incansable Samper inició un periódico literario, “*La Guerra*— guerra a la guerra”, para levantar la moral o por lo menos para hacer que los lectores desearan la rápida finalización del sitio. Cuando éste terminó y los defensores volvieron a ocupar El Cabrero, la casa de Núñez que quedaba fuera de las murallas y había sido el escenario de una lucha enconada, encontraron, según Samper, el retrato intacto del presidente colgado de la pared y una cruz de ramos benditos que no había sido tocada por las balas. Esta clase de detalles no debe llevar al lector a dudar de la que es, por otra parte, una narración vivida y verosímil.

En el momento que falló el asalto a Cartagena el gobierno había recobrado mucho terreno. Había derrotado la revolución en el Tolima, con el triunfo del general Casabianca triunfó en Cogotes y los generales Payán y Reyes dominaron el Cauca con la victoria de Santa Bárbara. Reyes se dirigió al Istmo, lo ganó para Núñez, ejecutó a dos de los compañeros de Prestán y se reunió con los defensores de Cartagena, como también lo hicieron tropas del gobierno que llegaron desde Antioquia, dirigidas por el general Mateus que comandaba la expedición de Ayapel. El general Aristides Calderón pacificó a Boyacá y a Santander y rindió un informe de los costos totales de esta maniobra: “Jamás campaña alguna se ha hecho con más economías, con menos desastres para la propiedad, puede asegurarse que el valor de los efectos contratados no pasó de \$147.442.45 centavos, como es fácil por la comprobación”<sup>41</sup>.

Las fuerzas revolucionarias de la costa se retiraron a Barranquilla y los jefes iniciaron conversaciones con el gobierno bajo los buenos oficios del Almirante americano Jouett, pero finalmente no llegaron a ningún acuerdo. Mientras tanto los soldados desertaban, hasta que el ejército, cada vez más dividido y sin jefatura efectiva, regresó Magdalena arriba, perdiendo toda posibilidad de volver a la costa cuando las fuerzas del gobierno avanzaron sobre Calamar. Cerca a Mompós encontraron otra fuerza del gobierno atrincherada en la orilla del río, bajo el mando del General Quintero Calderón. Los radicales en vez de evitar un enfrentamiento, atacaron y lograron dominar la margen del río pero a costa de

<sup>40</sup> Prestán, cuyos antecedentes eran mucho peores que los de Gaitán Obeso, originó el desastre más destructivo de toda la guerra cuando su ejército prendió fuego a Colón-Aspinwall. Las pérdidas se calcularon en \$30 millones, cifra posiblemente correcta: más tarde los reclamos británicos ascendieron a £ 239.000, y los intereses británicos en esa localidad eran mucho menores que los norteamericanos y los franceses. Prestán buscó refugio en el ejército de Gaitán, pero éste se dio cuenta rápidamente que su presencia constituía un riesgo y una desventaja, y lo mantuvo vigilado. Cuando Prestán cayó en manos de las fuerzas del gobierno, le siguieron consejo de guerra y fue ahorcado. E. T. Parkes, *Colombia and the United States*. II. 308-317; St. John a Rosebery, junio 10 de 1886, en FO 55-323; F. Soto, op. cit., p. 45-6 para la conducta de Gaitán respecto a Prestán, y su resistencia a la presión norteamericana para que se rindiera, hecho al que debe en parte su fama póstuma. *La Rebelión*, 109-10, 113, 151, 175, 195, 197.

Los otros detalles de este párrafo están tomados del relato del sitio que hace Samper y que está citado más arriba.

<sup>41</sup> Para las victorias de Casabianca, véase *La Rebelión*. Existe el relato de un participante en B. Rodríguez, *Mis Campañas, 1885-1902*, Bucaramanga, 1934, a veces demasiado exagerado. Es interesante observar que el último oponente en el campo de batalla de Casabianca fue el inquieto y desafortunado político Jorge Isaacs, autor de *María* y el más destacado novelista romántico de Latinoamérica: “Jorge Isaacs pretendió levantar algunos pueblos del Norte; pero, desprestigiado, refugiose en las montañas de Anaime con cien hombres, y allí fue batido por dos compañías del Arboleda (Batallón 5o). Isaacs logró escaparse, pero creo que pronto lo tendremos en nuestro poder”. *La Rebelión*, p. 194.



pérdidas muy graves. Después de esta batalla, La Humareda, los rebeldes perdieron todas las esperanzas de triunfar<sup>42</sup>.

Todavía no concluyó la guerra porque los radicales no podían ponerse de acuerdo sobre los términos de la rendición. El general Sergio Camargo opinaba que se debía firmar una paz decorosa tan rápido como fuera posible, pero ni Ricardo Gaitán ni Acevedo estaban de acuerdo con él. Han quedado relatos sobre las amargas disputas que se suscitaron entre los rebeldes en el río, unos acusando a los otros de cobardía y éstos lanzando acusaciones igualmente graves contra Gaitán, afirmando que cuando se habían unido a la revolución gozaban ya de una posición establecida y que por eso no tendrían que responder por robos en la costa. El general Rueda comentó "que él había llegado al Ejército de la Revolución con nombre y con fortuna pecuniaria que le permitían vivir con holgura y con honor, mientras que otros lo que buscaban con las revoluciones era el logro de alguna aventura no siempre notable". Los generales del gobierno concedieron salvoconducto a los rebeldes exceptuando a "los que fueron responsables directamente con el Gobierno Nacional por sus comprometimientos con él, o que hubieran violado algún compromiso anterior. Así mismo se exceptuaba también a los responsables por delitos comunes". Los jefes del Ejército del Atlántico creyeron ver en la cláusula penúltima del convenio una excepción tácita que se hacía de la persona del General Gaitán, y por eso fueron desde su principio opuestos a dicho convenio, como así lo expresaron en la junta que tuvo lugar a bordo del "Montoya"<sup>43</sup>. Camargo renunció al mando y se fue, sin más hombres que la tripulación, en un pequeño barco de vapor declarando que la pérdidas de La Humareda lo habían descorazonado y que además consideraba que las pocas fuerzas que quedaban eran incontrolables: "Ayer. . . mandé que se hiciera una excursión por los lados de Agua Chica, y la fuerza que fue allá cometió atropellos que avergüenzan a un Ejército. Es cierto que esto sería remediable. . . pero estos momentos no son los más a propósito para castigar desmanes, y yo no quiero hacerme responsable de nuevos actos. . ."<sup>44</sup>.

Es indudable que la conducta de Gaitán y de sus hombres justificó el argumento del fiscal en el juicio, de que lo que le interesaba a este producto típico de Ambalema era que la fiesta no se acabara nunca ". . . que siguiera la parranda, ensayando convertir así a la Nación entera en patio de bolo, recordando quizá su primera juventud en Ambalema"<sup>45</sup>.

<sup>42</sup> Entre los muertos en La Humareda estaban los generales Hernández, Bernal, Sarmiento, Captolino Obando, Lombana y Vargas, y Luis Lleras. El corazón del general Hernández, de tamaño mayor que lo común, se conservó en una botella "en la botica de Ribón Hermanos" en Mompo. Esta "hecatombe", en la que los radicales perdieron también la mayoría de sus barcos, se convirtió rápidamente en parte vital de la mitología liberal de la derrota, "El partido Liberal. . . semejante a los emperadores romanos, se puso de pie para expirar", (J.M. Vargas Vila: *Pinceladas sobre la última revolución en Colombia, y Siluetas Políticas*; 1a. edición, Maracaibo 1887; vuelto a publicar como *Pretéritas*, México, 1969. Otras muchas ediciones). La batalla tuvo lugar el 17 de julio de 1885.

La muerte del general Manuel Briceño, de fiebres, en Calamar el 13 de julio ofreció al gobierno y a los conservadores el principal mártir de la causa. Briceño fue la figura más importante en la insurrección conservadora de 1876-7 y autor de un relato de esa guerra, además de una monografía sobre el levantamiento de los Comuneros: *Los Comuneros; historia de la insurrección de 1781*, Bogotá, 1880, que es todavía un estudio valioso. *La Rebelión*, p. 168, para su muerte: sus funerales coincidieron con el juicio de Gaitán.

<sup>43</sup> R. Cáceres, op. cit., pp. 117, 118.

F. Soto, op. cit., II, p. 158, 163, 168. La popularidad de Gaitán irritaba a Camargo, quien sospechaba que él y Acevedo tenían todavía parte de los fondos que habían conseguido en Barranquilla.

<sup>44</sup> R. Cáceres, op. cit., p. 122.

<sup>45</sup> *Proceso*, p. 144.

El relato de Foción Soto y la publicación del gobierno, *La Rebelión*, coinciden en la descripción del saqueo y subasta finales realizados por Gaitán: "Chiquinquirá, 25 de agosto de 1885: Gaitán vaga arriba de Bodega Central buscando salida y llevando mucho dinero. La gente costeña se insurreccionó porque no le participaba de las rapiñas de la Costa, y él tuvo la habilidad de contentar la insurrección con el saqueo completo de los almacenes de Bodegas Central . . . Dos vapores bajaron cargados con lo robado allí".

Soto expresó su desaprobación al comentar la oposición de Gaitán y Acevedo al convenio de Pedraza: "Yo no puedo disimular el disgusto con que ví a Acevedo y a Gaitán, el primero de los cuales trató de excusar a medias su falta de sinceridad", añadió: "ni menos podía ocultar el desagrado que me causaba el saqueo que literalmente estaba haciéndose de los almacenes de Bodega Central. El plan de estos señores se limitaba a que el Isabel se atestase de café, cueros y sal, y que todo eso se vendiese en Magangué para gastos de la guerra. Toda la noche se pasó en embarcar cuanto había, sin que obstase el que jefes, oficiales y tropa hubiesen dispuesto a sus anchas de los licores y comestibles que allí existían".

Soto dejó el Magdalena y se dirigió a Ocaña; Gaitán y Acevedo se comprometieron a seguirlo, pero después de que despacharon sus hombres en varios barcos para que regresaran a su lugar de origen, Cundinamarca, Antioquia, Cauca y la Costa, se internaron en la selva del Carare, quizá con la intención de llegar a Venezuela a través de Santander. Soto no se muestra muy apesadumbrado al escribir sobre lo que les sucedió: "Gaitán y Acevedo, infieles a las promesas que me hicieron, han pagado hartó caro su infidencia. Muertos casi de hambre en los desiertos bosques del Carare, fueron aprehendidos y sometidos a un Consejo de Guerra". Cuando la noticia de su captura llegó a Bogotá el 10 de septiembre, Núñez dio por terminada la rebelión<sup>46</sup>.

Gaitán llegó como prisionero a Bogotá el 4 de octubre y Núñez ordenó que se le siguiera un Consejo de Guerra Verbal, no obstante su anterior escepticismo respecto a esta clase de juicios: "en el momento forzoso de la reacción hallaron en la pena sufrida mérito especial para obtener honores y recompensas". Desde el punto de vista legal la decisión era dudosa porque era un abuso del código militar e iba contra los precedentes de las décadas anteriores. Efectivamente, la defensa argumentaría que el juicio no tenía ningún sentido, por lo menos después de la victoria del General Mosquera en 1863. Lo que sucedía es que para Núñez era un problema muy real resolver qué hacer con "el fantasmón de Gaitán". En los términos del convenio discutido en el río Magdalena se ve que se consideraba a Gaitán y Acevedo como casos especiales aún antes de su captura, y por lo demás, Núñez no siempre era el escéptico desapasionado que tantas veces nos han presentado. Había que hacer algo y dentro de las circunstancias, el Consejo de Guerra significaba una solución rápida y viable. Por consiguiente, el juicio se ordenó el primero de octubre y empezó el cinco de ese mes. Bogotá todavía era una ciudad predominantemente liberal y la población se alarmó y se excitó al enterarse sobre el juicio y corrieron rumores de que el gobierno tenía la intención de ejecutar a los prisioneros. Señoras liberales le enviaron a Gaitán flores y frutas, las que él compartió con los otros prisioneros y con sus guardianes. El juicio fue público, sin embargo, por los relatos, parece que la

<sup>46</sup> Para Bodega Central, *La Rebelión*, p. 204; F. Soto, op. cit., II, p. 180, y para la etapa final de la misma, p. 220 y *La Rebelión*, p. 214.

barra no hubiera sido favorable a los prisioneros. A pesar de ser un juicio político decretado en el calor de la victoria, de cual las deficiencias legales son obvias, se condujo en forma decorosa<sup>47</sup>.

El fiscal fue el Coronel Alberto Urdaneta, un bogotano muy bien relacionado, y no obstante que había participado en la guerrilla conservadora de 1876<sup>48</sup>, en el juicio aparece como un "soldado de salón". De manera bastante meticulosa, si se tiene en cuenta la rapidez con que se inició el juicio, Urdaneta informó a la corte sobre los antecedentes de Gaitán —pero no todos los cargos de la época anterior a la revolución se sostuvieron— y describió además el ataque a Guaduas y la campaña del río Magdalena. Al final pidió la pena de muerte, pero en una forma tan irónica y teatral, que el lector se pregunta si es posible que Núñez o la corte hayan tenido alguna vez la intención de decretarla. Urdaneta también estudió otras posibilidades de castigo, y llegó a la conclusión de que la cárcel definitivamente no era una de ellas: el gobierno nacional no disponía de prisiones adecuadas en el interior del país, aunque quizá podría lograr que el gobierno de Cundinamarca prestara una celda. Pero aún en este caso, el castigo no sería seguro: "allí están muy bien, en cambio viven allí sin ninguna seguridad y prontos a irse cuando mejor les convenga". Y se refirió a la prisión perpetua de Luis Napoleón en la fortaleza de Ham y cómo el príncipe "había preguntado con esa sonrisa maliciosa tan característica de él, cuánto tiempo duraba la prisión perpetua en Francia". Por otra parte, Urdaneta creía que en las circunstancias que atravesaba la república el exilio era "más bien un premio que un castigo", en especial si el exiliado había tenido oportunidad de enviar dinero al exterior. Por consiguiente el fiscal recomendaba "simplemente pasar por las armas" a Gaitán, y consideraba que la corte debería tener la suficiente resolución para decidir "o una impunidad franca o una justicia severa".

Ni Gaitán ni Acevedo presentaron una defensa detallada. A ambos se les permitió utilizar defensores. Gaitán refutó algunos de los primeros cargos y él mismo rechazó la descripción que el fiscal había presentado de sus antecedentes. En su discurso final, que según rumores lo escribió otro miembro de esa familia de asesores, los Borda, negó el derecho de la corte a juzgarlo, diciendo que él no había hecho nada que sus enemigos políticos no hubiesen hecho en guerras anteriores, y declaró, que los verdaderos revolucionarios habían sido los individuos, que ocupando posiciones de poder, habían subvertido la constitución del país. Declaró que su conciencia estaba tranquila:

"No olvidéis señores Generales", terminó diciendo este "agricultor católico", "que hay tribunales superiores que nos juzgan a todos. ¿Quién podrá sustraerse al fallo de Dios? ¿Quién al de la conciencia? Si derramáis una

<sup>47</sup> La fecha de Soffia a Aniceto Vergara Albano, 20 de octubre de 1885. Archivo Nacional, Santiago, Chile, Relaciones Exteriores. Vol. 302. (Este despacho que no aparece en la selección de R. Donoso, describe el ambiente de nerviosismo que reinaba en Bogotá durante el juicio de Gaitán). Véase también Palacio, op. cit., pp. 298 y siguientes. Aparentemente Núñez habló del "fantasmón de Gaitán" en una conversación con el general Ulloa, quien fue uno de los jueces del juicio; p. 302. La opinión anterior de Núñez sobre la inutilidad de juzgar a los rebeldes está tomada del artículo "Reflexiones", *Reforma Política*, I (ii) p. 260.

<sup>48</sup> Sobre Urdaneta, véase Pilar Moreno de Angel, *Alberto Urdaneta*, Bogotá, 1972, en especial cap. XIII, "El Fiscal". El historiador liberal Laureano García Ortiz tenía una copia del juicio que hoy se encuentra en la Biblioteca Luis Angel Arango; frente al nombre de Urdaneta, el historiador escribió al margen, "canalla" y también hace referencia a su talento como grabador y a su maravillosa hacienda en la Sabana, llamándolo "el monedero de Canoas".

gota de mi sangre, ella caerá sobre vuestros hijos, y los hijos de vuestros hijos; la privación de mi libertad significará prisión que enaltece, y no servidumbre que abate; la expatriación no me privará de la buena voluntad que me han dispensado mis conciudadanos. . . señores Generales: protesto en mi nombre y en el del partido político a que pertenezco, contra el tribunal que me juzga; protesto contra la irregularidad de las formas y apelo al tribunal de la Historia que tomará cuenta de vuestra conducta y de la mía". Y terminó afirmando que la historia lo absolvería<sup>49</sup>.

El 14 de octubre la corte condenó a Gaitán y a Acevedo a diez años de prisión en la fortaleza de Bocachica en Cartagena. El 16 de octubre el Comandante en Jefe del ejército cambió el sitio de prisión por la cárcel de Bocachica o la de Cartagena. Corrieron muchos rumores en la época del juicio sobre estratagemas e intervenciones de última hora, para impedir la ejecución de los prisioneros, pero no existen pruebas evidentes de que Núñez tuviera realmente la intención de fusilarlos. A ambos se los juzgó al tiempo y el hecho de que el caso contra Acevedo se presentara en forma tan débil, quizá es indicio de que el presidente nunca pensó hacerlo. Pero es posible que desde el punto de vista político le conviniera a Núñez mantener la incertidumbre durante un tiempo.

El 20 de octubre los prisioneros salieron bajo escolta de Bogotá para Cartagena. Gaitán Obeso murió el 13 de abril de 1886 de fiebre amarilla en el Convento de Monjas en Panamá; iba camino a la prisión de Pasto, ciudad decididamente anti-radical, en el sur del país. Su antiguo adversario, el General Santodomingo Vila, entonces gobernador de Panamá, no permitió que se celebrara un funeral espectacular o que se le construyera una tumba monumental. Poco después empezaron a circular rumores de que Gaitán había sido envenenado por los Jesuitas<sup>50</sup>.

¿Qué debe decidir "la Historia" sobre esta figura de carácter ambivalente? Gaitán Obeso fue un personaje significativo, y desde cierto punto de vista, un elemento típico, por esto vale la pena estudiar lo que hizo y la forma como logró hacerlo. No obstante su fugaz importancia en la guerra del 85, Gaitán no fue uno de los jefes tradicionales e importantes del liberalismo colombiano, y si acaso perteneció a la élite, fue a la élite de Ambalema o acaso a la de "Piedras, es decir Caldas". No era hombre de habilidades extraordinarias, y no hay

<sup>49</sup> Los discursos finales aparecen en el *Proceso* pp. 102-156; 157-164. Véase también F. de P. Borda, op. cit., p. 134. Gaitán pensaba que no podía haber progreso sin sufrimiento.

<sup>50</sup> Palacio pone en duda que Núñez haya pensado hacerlo fusilar, op. cit., p. 307: "Núñez era, como todos los grandes políticos, un gran comediante". Soffia informa sobre la intervención a su favor de "la parte imparcial y sana de la capital" en el despacho citado más arriba. Cordovez Moure, en *Reminiscencias*, p. 308 dice que el Arzobispo intercedió por Gaitán.

Los escritores liberales sacaron todo el partido posible de las circunstancias que rodearon la muerte de Gaitán Obeso, en especial Vargas Vila.

Existen algunos documentos sobre su muerte y entierro en un panfleto extraño, escrito por Inés Aminta Consuegra y A., *Meditaciones del General Ricardo Gaitán O. en su prisión de Cartagena y Panamá*, n. p. (1886), pp. 78-87. Véase también la copla:

A Cartagena me llevan,  
Yo no sé por qué delito;  
Por una papaya verde  
Que picó mi pajarito.

en A. J. Restrepo, *El Cancionero de Antioquia*, Medellín 1971, p. 177, ¿acaso una referencia folclórica a las dos Margaritas?

En Maracaibo, 1887 se publicó una colección de escritos en homenaje a Gaitán: *Corona fúnebre a la memoria del General Ricardo Gaitán Obeso*.



razón para dudar del veredicto de Foción Soto de que Gaitán era hombre "sin privilegiado talento y de mediana instrucción". A veces el fiscal intentó presentarlo como un simple bandido: "Este hombre es pernicioso a la sociedad en que vive, y es y será siempre funesto para la paz pública, pues que ni respeta aquella, ni teme, que más bien gana, con que ésta sea turbada"<sup>51</sup>.

La verdad es que es supremamente difícil que cualquier individuo nacido en el Tolima en las décadas del cincuenta, sesenta y setenta del siglo XIX, no hubiese tenido contacto directo con la violencia y no conociese las ventajas que se podían obtener a través de ella. Hasta el ministro británico observó que "los colombianos que siguen las banderas de un jefe revolucionario no son hombres de propiedad sino individuos que buscan adquirir propiedad". Es indudable que Gaitán Obeso andaba en compañía de gentes violentas y de mala reputación, y, para decirlo en forma indulgente, comandaba hombres a los que difícilmente podía controlar, tal como fue evidente en Guaduas. Uno de los últimos testigos en el juicio, Indalecio Saavedra, declaró que algunos de los hombres que estaban con Gaitán, eran los mismos que lo habían atacado a él y a su hermano en su hacienda de Garrapata, en agosto de 1877. Y añadió:

"Que el señor Ricardo Gaitán O., en conferencias que tuvo conmigo en 1877, por lo de Garrapata, y en 1884 por lo de Guaduas, atribuyó a sus compañeros los horribles crímenes cometidos en uno y otro acto, pero es el hecho que siempre anduvo con ellos y que no se mostró en ninguna ocasión arrepentido ni quejoso de todos aquellos actos de crueldad y barbarismo, cometidos a su orden y con su carácter de jefe principal de los bandidos"<sup>52</sup>.

Gaitán Obeso era un hombre peligroso que andaba en compañía de individuos depredadores y violentos, pero no fue *solo* eso y Soto era capaz de observarlo con imparcialidad. En el pasaje que citamos antes en parte y que vale la pena que lo presentemos al lector en forma más completa, Soto lo describe como:

"Joven valiente como pocos, ardoroso en los placeres, amable y obsequioso para con sus amigos, generosísimo con sus tropas, sin privilegiado talento y de mediana instrucción, pero capaz de grande abnegación y lleno de justa ambición".

Gaitán robó y permitió que otros robaran, pero nunca lo hizo en provecho propio, y es posible que nunca pensara llevarse los fondos de la revolución, porque si hubiese sido así, lo lógico es que se hubiera quedado en la Costa. Al igual que todos los revolucionarios victoriosos de su época y ambiente, era indi-

<sup>51</sup> *Proceso*, p. 118. Sin embargo, en otro momento Urdaneta reconoció que Gaitán tenía otras cualidades: "... su fisonomía es del todo agradable, y procede en los actos de la vida como hombre galante; sabemos, además, que es persona valerosa". p. 107.

<sup>52</sup> Sobre el Tolima, aparte de las descripciones de Ambalema citadas más arriba, consúltense los relatos de 1876-7 de M. Briceño y de Constancio Franco V. Sobre la violencia rural, véase la extensa comunicación "Los Monstruos de Goyaima" en *El Comercio*, agosto 26 de 1884, de Inocencio Monroy. Se encuentran otras descripciones de la sociedad del Tolima en esta época en F. Pereira Gamba, *La Vida en los Andes Colombianos*, Quito, 1919, cap. II, y Rosa Carnegie Williams, *A Year in the Andes: A Lady's Life in Bogotá, Londres*, (1882). La opinión de St. John en St. John a Rosebery, abril 22 de 1886, FO 55-322. Saavedra en el *Proceso*, pp. 199-200.

ferente a la propiedad privada, y lo que le llegaba fácilmente, tan fácilmente se le iba de las manos. Se puede comparar la repugnancia que le produjeron las últimas expropiaciones en Bodega Central al General Soto, con el recuerdo de uno de los soldados de Gaitán:

“El General Gaitán nos dijo allí adiós, poniendo en nuestro bolsillo unas cajetillas de cigarrillos; cuánta tristeza y vagos presentimientos dejó en nuestra alma aquella despedida!”.

Parte de la tristeza debió ser la certidumbre de que ya no habría más cigarrillos gratis, y lo cierto es que nunca se supo si el General había pagado o no esos cigarrillos repartidos con tanta generosidad<sup>53</sup>. Sin embargo, la admiración de sus hombres no era una cuestión de simple interés, Gaitán despertaba afecto, así por ejemplo, el Cabo Acuña, a pesar de estar con fiebre amarilla, insistió unirse a Gaitán en el sitio de Cartagena “porque yo no podía quedarme cuando mi General Gaitán venía a pelear. Yo vine de Ambalema para morir donde él muera, si es que nos toca esa suerte”. El lector se pregunta al leer estos informes si hombres ignorantes en esos ejércitos andrajosos —y jefes conservadores y del gobierno a veces despertaban esa misma devoción— realmente sentían y decían este estilo de cosas que hoy nos suenan tan improbables y extrañas. Pero algunos las dijeron y las sintieron, circunstancia que no puede pasarse por alto en ningún relato sobre la forma como evolucionó esta sociedad.

Es curioso que un principio tan común como el de que la guerra es una movilización política, además de militar, utilizado en el estudio de las guerras de otras partes del mundo, se haya aplicado tan pocas veces en el análisis de los conflictos Latinoamericanos. Los hechos no apoyan la tesis corriente de que en las guerras civiles los hombres luchaban al lado de la rebelión buscando adquirir cargos públicos que les dieran beneficios personales, o con miras siempre al saqueo y el botín; ni tampoco que lucharon simplemente porque obedecían órdenes de sus superiores en la jerarquía social, o porque habían sido reclutados a la fuerza por el gobierno. Es indudable que algunos lo hicieron por esas razones, pero es imposible que solo esos motivos hubiesen originado las guerras civiles y que hubieran sido suficientes para que ellas hubiesen tenido la intensidad que tuvieron<sup>54</sup>.

<sup>53</sup> F. Soto, op. cit., II p. 56. R.L. Cáceres, op. cit., p. 124. Los jefes que intentaban mantener una disciplina demasiado estricta perdían rápidamente sus hombres, los cuales desertaban o se pasaban a otros ejércitos.

<sup>54</sup> El cabo Acuña en R.L. Cáceres, op. cit., pp. 38-39. En el *Archivo del General Julián Trujillo*, que se encuentra en el Archivo Histórico Nacional, Bogotá, hay una serie de cartas escritas por soldados rasos del ejército del gobierno, en 1876-77, a su comandante. En algunas de ellas, los hombres resaltan sus servicios anteriores en favor de la causa liberal y utilizan frases como “la causa del siglo y de las luces”, y palabras como “progreso”. Con demasiada frecuencia se asume que los ejércitos estaban conformados por peones obligados a luchar por sus jefes terratenientes. Es indudable que el gobierno recurría al reclutamiento forzoso, y, algunas veces, también lo hacían así los jefes revolucionarios, pero esto es diferente a la presunción anterior, y los inconvenientes obvios del reclutamiento forzoso, hicieron que los terratenientes trataran de evitarlo. (Véase mi “A Cundinamarca hacienda, Santa Bárbara 1870-1914” en *Landlord and Peasant in Latin America*, ed. K. Duncan y I. Routledge, Cambridge 1977). Es cierto que a veces los terratenientes movilizaban a sus dependientes —véanse los compromisos de conservadores notables en M.A. Nieto, op. cit., pp. 112-122, y sus actividades posteriores, pp. 147-152; el autor menciona “mi inolvidable amigo Hipólito Nieto, quien dio a todos sus arrendatarios los caballos de la hacienda, pagó los fletes de los que no los tenían propios y las raciones de la gente pobre, obsequiando tanto a la venida como al regreso y como él sabía hacerlo, a toda esa gente. Esto le costó muy cerca de tres mil pesos”. (Obsérvese que Hipólito les pagó). Sin duda que esta clase de reclutamiento voluntario podía hacerse en las regiones de organización más señorial de Cundinamarca, Boyacá y Santander, pero aún en ellas, en

Para algunos de sus seguidores, Gaitán Obeso era una figura romántica: “el bravo entre los bravos e hidalgo entre los hidalgos, el Cabo Ricardo Gaitán Obeso —como cariñosamente lo llamábamos—. Así lo recordaba José Dolores Zárate, escribiendo muchos años después en 1935. Y Vargas Vila, en uno de sus primeros relatos del año de 1885, dice, “lo caballeroso de sus acciones, lo arrogante de su porte, lo aventurero de sus empresas, lo romántico y noble de todos sus proceder, han arrojado sobre él cierto tinte interesante que lo hace aparecer como un héroe de leyenda caballerosa y fantástica”. Gaitán era muy buen mozo: “Un hombre joven, de proporcionada estatura, de hermosa pero varonil fisonomía, poblado y negro bigote, vestido de blanco, altas botas negras de montar, foete en la diestra, espada al cinto, sombrero de jipa de copa alta y anchas alas, con divisa roja”. Era valiente, no le tenía miedo a la muerte, y cuando los placeres no lo alejaban de sus propósitos, sus dotes de mando tenían la simple cualidad de la decisión y la rapidez: “él creía, y tal vez no sin falta absoluta de fundamento, que los asuntos de la guerra se deciden por la audacia y por el valor”<sup>55</sup>.

Tampoco carecía de atractivo para los civiles. Gaitán podía ser galante e intervino para proteger a señoras conservadoras de los abusos de sus propios hombres:

“General Gaitán, no le dé el brazo a las godas”.

“Coronel, ponga inmediatamente preso a ese atrevido”<sup>56</sup>.

Siempre fue el objeto de atenciones por parte de la población civil, por ejemplo “cuando en Sopla-Vientos (una aldea en el Dique, cerca a Cartagena) se supo la aproximación del General Gaitán con su ejército, las autoridades de aquel distrito improvisaron una fiesta en su honor, cuya parte principal consistió en el obsequio que un grupo de niñas, cuidadosamente ataviadas, le hacían al general, ofreciéndole una corona de laurel, con un discurso alusivo al objeto, en el que lo saludaban como al caudillo de la causa de la libertad. Los habitantes de esa población son hospitalarios, humildes y liberales entusiastas”<sup>57</sup>.

---

última instancia era menos importante que el reclutamiento por parte del gobierno, y, con frecuencia, los terratenientes no tenían ninguna influencia en esas comisiones de reclutamiento. Es posible que la movilización espontánea tuviera tanto que ver con la solidaridad local y con el prestigio de los jefes locales como con los vínculos de dependencia económica, definidos en forma simplemente mecánica. No se puede excluir la presencia de un elemento “feudal”, pero tampoco se le debe dar demasiado peso. Los conservadores reclutaron los peones del Ferrocarril del Norte, exactamente como Gaitán Obeso había reclutado unos pocos que estaban trabajando en el Ferrocarril de La Dorada. ¿Refleja esto un mecanismo feudal?

Hay un cable en *La Rebelión* que muestra cómo la acción vigorosa por parte de los hacendados era algo excepcional:

“La Mesa, 2 de julio de 1885. . . Tengo el gusto de participarle que el señor Manuel Dueñas, con los peones de su hacienda, atacó a unos señores que se preparaban para pronunciarse en contra del Gobierno nacional, y les tomó once rémingtons, más de mil cápsulas, mucho plomo, bastante pólvora, varias armas de percusión: bestias, monturas, corneta, ropa etc. etc. Los hacendados comienzan a convencerse de que necesitan auxiliar de todas maneras al Gobierno Nacional, para salvarse de los comunistas. Vuestro servidor y amigo, Lucio C. Moreno.” p. 61.

La mayoría de los observadores extranjeros se inclinaban a juzgar la calidad de las tropas y su identificación con determinada causa, por la presencia o ausencia de uniformes adecuados. Por ejemplo, véase Sir Frederick Treves, *The Cradle of the Deep*, Londres, 1910. pp. 359-362. En sus comentarios siempre hay una presunción tácita de que sus propios ejércitos eran diferentes en la forma y el espíritu.

<sup>55</sup> “Le Petit caporal” era el apodo de Napoleón Bonaparte, y a ese gran demagogo venezolano, Cipriano Castro lo llamaban “El Cabito”. J.D. Zarante, *Reminiscencias históricas, Recuerdos de un soldado liberal*, Corica, Cartagena, 1933, p. 5; Zarante fue veterano del “ejército de ciudadanos” de Gaitán, J. M. Vargas Vila, op. cit., pp. 183-190.

<sup>56</sup> J.H. Palacio, op. cit., p. 118.

<sup>57</sup> R.L. Cáceres, op. cit., p. 40.

Es indudable que el General Gaitán sabía cómo corresponder a esta simpatía popular, exactamente como antes de él lo había hecho el General Obando y como después lo sabrían hacer los Generales Herrera y Uribe Uribe. Por otra parte no hay ningún indicio que permita suponer que el bagaje ideológico de Gaitán Obeso fuese en algún sentido diferente al usual entre hombres de su clase, quienes estaban convencidos que el ejército de ciudadanos luchaba en favor del progreso y del siglo. Pero contaba con ese bagaje, y el hecho es que existían diferencias muy reales entre su partido y el de sus adversarios, por un lado los conservadores, a los cuales Gaitán se refería utilizando el epíteto de “chivatos”, nombre que generalmente les daban los liberales, y del otro los Independientes, a quienes consideraba traidores a la causa. Algunos soldados radicales fueron más toscos y algunos pensadores radicales más sutiles que él<sup>58</sup> y así Gaitán aparece como una figura en el término medio, un hombre que en Bogotá podía estar en compañía de los miembros del Directorio Liberal y tener un libro en su mesa de noche después del sangriento episodio de Guaduas. Gaitán era un devoto de “la Diosa Libertad” pero un devoto capaz de reflexionar, y en su correspondencia militar y en sus proclamas muestra cierta facilidad de expresión.

¿Quiénes fueron los modelos de Gaitán Obeso, qué pensaba de sí mismo, qué esperaba este hombre que Soto describió como “lleno de justa ambición”? Había muchísimos ejemplos para seguir y rivales para emular —Mosquera, el creador del Estado del Tolima, los otros jefes de Garrapata. . . el partido Radical estaba abierto a una gama muy amplia de talentos, y el Tolima había producido dos de sus más eminentes ideólogos, Murillo Toro, de Chaparral, y Rojas Garrido, de Saldaña. Gaitán Obeso, sin duda, era capaz de aparecer como un idealista y de dar a su liderazgo esa dimensión ideológica que paradójicamente es esencial para conducir a hombres ignorantes, ya que les ofrece una excusa, dignifica la causa, les permite identificarse con ella y alivia al jefe de la carga de conducir tropas totalmente recalcitrantes. Transmitir una ideología era parte del arte de entusiasmar la tropa y si ello no hubiese tenido ninguna utilidad no se habría empleado en la medida que se hizo.

Sin esa dimensión ideológica, Gaitán Obeso no hubiera dejado la fama que dejó. La historia liberal no solo lo absolvió, sino que hizo de él un mártir. Núñez no se equivocó con “el fantasmón de Gaitán”, el curso que tomó la revolución lo convirtió en la principal figura militar del liberalismo colombiano —los otros jefes murieron o no lograron alcanzar éxitos tan rápidos y espectaculares. Los liberales recordaron el hecho de que Gaitán nunca se había rendido y no las posibles razones que le impidieron rendirse. Otra ventaja es que sus limitaciones fueron muy poco conocidas. Tal como escribió, poco después de su muerte, Rudecindo Cáceres, “el carácter personal del General Gaitán fue muy poco

<sup>58</sup> Sobre los soldados véase *La Rebelión* p. 188, comunicación sobre “tan desenfrenada chusma” desde la Ceja, Antioquia.

“Pero el hecho más escandaloso y que da una idea más clara de la perversidad de los malhechores en referencia, es el ultraje inferido a la sagrada imagen de Jesucristo crucificado. En la casa de Primitivo Valencia (Varguitas), después de saquearla como las anteriores, dejaban solo la imagen antes dicha, y para no llevarla, y para mofarse de todo lo santo y sagrado, la tiraron debajo de una cama y le pusieron queso, de los robados por supuesto, dizque para que comiera, profiriendo expresiones como estas: “come, maldito, para que podas aguantar”, “chupa por godo, demonio”. Esto es cuanto puede decirse de estos endemoniados, abortos del averno, que son capaces de abofetear con tanto descaro las creencias de un pueblo libre, y de insultar a la faz del mundo los derechos de los asociados y sus ideas religiosas y sociales”.

Aún entonces, el escritor añade “que no fueron todos ladrones: hubo excepciones honrosas”.



conocido aún entre sus propios amigos, y de su espíritu franco, generoso y naturalmente inclinado a difundirse en el círculo de sus relaciones y simpatías, nadie, hasta ahora por lo menos que sepamos, ha hablado de él sin pasión. . .” La versión legendaria de su personalidad se tejió rápidamente y Núñez no pudo menos que protestar: “El Gran Partido Liberal había descendido hasta Gaitán Obeso. . . Gaitán fue canonizado porque se apoderó de los recursos de la Costa. . . se daba investidura de cónsul a un caballo”. Pero la verdad es que nadie difama caballos muertos y que ningún partido sobrevive sin ellos. A Gaitán se le imitaría en las dos guerras civiles que siguieron y hasta bien entrado el siglo XX se exaltaría su memoria<sup>59</sup>.

Desde el punto de vista político la campaña Radical fue una medida desastrosa, aunque se podría sostener que Gaitán no hizo más que multiplicar los errores de Hernández y sus amigos en Boyacá y Santander, gente menos efectiva y más dispuesta a llegar a un acuerdo él, Gaitán, hizo posible que la guerra se extendiera ampliamente, lo cual a su vez aumentaba las posibilidades de una derrota total<sup>60</sup>. La posición política del partido era mucho menos desesperada que la militar, y una vez que comenzó la guerra, los rebeldes tuvieron muy pocas posibilidades de triunfar en Cundinamarca y en gran parte de Boyacá, en Antioquia o en el Cauca, lo cual significaba desventajas estratégicas muy graves. Los radicales liberales tampoco tenían un plan ni una jefatura coherentes. En Colombia, en el siglo XIX, frecuentemente las revoluciones se debían más al hecho de que el partido en oposición no podía evitarlas, por tener también un escaso control sobre sus propios elementos, que debido a una unidad de propósitos por parte de los revolucionarios. Los jefes provinciales no solo eran indisciplinados por temperamento, sino que inevitablemente debían calcular sus posibilidades basándose en una información muy pobre, y, además, a menudo solo tomaban en cuenta los intereses particulares de un segmento de su partido en una región determinada. La muerte había debilitado al “Olimpo” radical, que desde 1878 había perdido su anterior poder sobre la política nacional y el radicalismo se había convertido en un elemento entre muchos otros. No todo el “material militar” del partido estaba preparado para luchar en 1885 y gran parte de los civiles se había acostumbrado a que la lucha la llevara a cabo la Guardia Colombiana. Dos civiles que participaron activamente en la guerra dejaron relatos en que expresan sus ideas, sentimientos y falta de convicción en esa empresa. Felipe Pérez describe lo que era sentirse “arrastrado”. Preocupado por la situación, Pérez regresaba a Bogotá e imprudentemente entró a Tunja para ver qué estaba sucediendo. A pesar de ser día de mercado, encontró que los campesinos de los alrededores estaban abandonando la plaza —“las gentes campesinas corrían azoradas y decían que *había revolución*”, y se iban para evitar que se las reclutara— en cambio la plaza estaba llena de grupos de “personas notables” a la expectativa de los acontecimientos. Al conversar con sus copartidarios liberales, con los cuales estaba ligado por vínculos familiares y de partido, éstos le explicaron su posición:

“Su nombre y su posición política lo obligan a usted: hay momentos en los cuales no se puede discutir con los partidos, puesto que estos le dan el nom-

<sup>59</sup> R.L. Cáceres, op. cit., p. 23., R. Núñez, *Reforma Política*, III, “El Relator” p. 238.

<sup>60</sup> Todavía el 22 de diciembre de 1884, el ministro inglés —que definitivamente no es la mejor de las fuentes, pero que al menos no se le puede acusar de ser ni imaginativo ni ingenioso— pensaba que Núñez rechazaría a los conservadores y negociaría con los radicales. St. John a Granville, 22 de diciembre de 1884, en FO 55-302.

bre de *traidor*, de *vendido*, o de *cobarde*, a los que no ven las cosas como ellos las ven, o no hace lo que ellos hacen. Usted no puede permanecer cruzado de brazos durante la guerra, porque está en los intereses y en la política del Gobierno cobrarles este movimiento a todos sus enemigos. Usted irá a Bogotá a sufrir el azote de los empréstitos y de la prisión, de los vejámenes y de toda clase de disgustos, y si el partido liberal sucumbe en la lucha, lo que es muy probable, puesto que no está preparado para ella, ni la quiere ni le conviene— van a decir que Usted tuvo la culpa porque fue el primero en desautorizarlo. No tiene usted otra cosa que hacer sino sacrificarse a la razón de partido”.

No era fácil para un hombre público escapar a esta lógica suicida en la atmósfera de entusiasmo y euforia que generalmente se generaba en épocas semejantes: “en las democracias todos los caudillos y todos los partidos tienen también sus días de carnaval”. Pero a muchos el entusiasmo no les duró mucho tiempo, y Pérez mismo informa sobre las deserciones masivas, “y hasta en los cuerpos más lúcidos les amanecía sin sus jefes”<sup>61</sup>. Desde Barranquilla, el joven matemático liberal e improvisado artillero, Luis Lleras, explicó en una carta al lexicógrafo Rufino Cuervo que vivía en París, las razones por las cuales, a pesar de todo, no podía desertar aún cuando el vapor del Royal Mail estaba en el muelle:

“Compadre, la guerra es un vértigo, es una locura, una insensatez; y los hombres más benévolos se vuelven bestias feroces; el valor del guerrero es una barbaridad; pero cuando uno toma las armas, no puede, no debe dejarlas en el momento de peligro, no puede volver la espalda a amigos, enemigos y hermanos, sin cometer la más baja de las acciones, sin ser un cobarde y un miserable. Preciso es que responda yo de mis acciones en las horas de prueba y amargura; que mi carácter se temple en la adversidad, y que cumpla hasta el fin con las obligaciones que me impuse del soldado, y con las del patriotismo, como yo las entiendo. Perdone, compadre, toda esta palabrería vacía quizá de sentido para quien juzga las cosas con ánimo tranquilo y desapasionado; pero es el caso que no acierto explicarme, y que sin embargo tengo que buscar una excusa para no tomar hoy mismo el vapor de la Mala, satisfaciendo así una de mis mayores aspiraciones: hacer un viaje a Europa y estrechar a Ud. y a Angel entre mis brazos”<sup>62</sup>.

La guerra reunía bajo la misma cobija a extraños compañeros y los mantenía juntos hasta la derrota final. La estrategia económica de los radicales que promulgó durante tres décadas el libre comercio y aceptó la división internacional del trabajo y la dependencia de las exportaciones, se consideraba un fracaso total a principios de la década de los ochenta, por lo tanto se acusaba a los radicales de ser, cuando menos, unos optimistas ilusos. La crisis afectó la política del país y tuvo las repercusiones que describimos atrás. Además no solo cambió la manera de pensar del morador pacífico de Santander o del desarraigado del occidente de Cundinamarca, sino que desmintió a los optimistas de mediados del siglo, debilitó su prestigio y produjo entre todo el liberalismo un sentimiento colectivo de intranquilidad. Inconscientemente Núñez presenta esta sucesión de ideas en el mismo ensayo en el que compara a Gaitán Obeso con el caballo de Calígula:

<sup>61</sup> E. Pérez, op. cit., pp. 238 y siguientes.

<sup>62</sup> Ed. G. Hernández de Alba, *Epistolario de Rufino José Cuervo con Luis María Lleras y otros amigos y familiares*, Bogotá 1969, pp. 148-151.

“A fines de 1884 escaseaba ya hasta la moneda metálica, como es notorio, porque el trabajo nacional no alcanzaba a pagar los consumos. Las grandes conquistas liberales habían hecho del país un montón de ruinas, y estas mismas ruinas iban a parecer (Lucan). . .

La guerra civil de 1885 fue combate de búhos agitándose entre escombros y tinieblas como los músculos de un cuerpo decapitado”<sup>63</sup>.

Es así como la crisis atomizó la oposición, destruyó sus directivas políticas y profundizó el descontento local, el que tarde o temprano algún cabecilla aprovecharía temporalmente<sup>64</sup>. Como en todas las guerras colombianas, con una sola excepción, en las circunstancias particulares de 1884-5, estas acciones simplemente fortalecieron al gobierno: “Aun cuando parecza paradójico, a los gobiernos roídos por el cáncer de una crisis fiscal se les salva haciéndoles la guerra”<sup>65</sup>. Después Núñez podría, inclusive, hasta introducir el papel moneda.

Colombia, una nación pobre, era muy vulnerable a esta clase de convulsiones políticas. Su débil desarrollo como país exportador impedía a los gobiernos contar con ingresos seguros y al mismo tiempo reducía el peso de los elementos respetables, o por lo menos estacionarios, de la sociedad. Las fuerzas represivas eran muy débiles. Los terratenientes y otra clase de propietarios no podían controlar exclusiva o efectivamente lo que sucedía en las provincias, estaban divididos y en la guerra eran todavía más débiles que en tiempos de paz. Es posible detectar cierto grado de identificación con cada causa política, con cada una de las “grandes corrientes”, dentro de toda la escala social. En el caso del liberalismo, éste tenía un contenido con el que el humilde y el anárquico podían identificarse, y una figura como la de Gaitán Obeso servía para vincularlos con los librepensadores distinguidos y los comerciantes de la élite radical. Por lo demás no se necesitaban muchos hombres para *comenzar una guerra*: se requerían tan pocos como el reducido número de justos que hubiera sido suficiente para salvar a Sodoma y Gomorra. Al estudiar el ambiente que reinaba en los meses que procedían una guerra civil, se puede percibir todavía la preocupación con que la mayoría pacífica de los colombianos esperaba que apareciera en algún lugar, en algún momento, el inevitable puñado de rebeldes. La campaña de Gaitán no fue la más destructiva de esta guerra —la suya no puede rivalizar con el incendio que provocó Pedro Prestán en Colón-Aspinwall— pero se le pueden contabilizar muchas más cosas que las depredaciones en el río que fueron tan incompletamente cuantificadas por el fiscal en el juicio. Las conclusiones de J.M. Samper subrayan la vulnerabilidad de los intereses de muchos frentes a unos pocos:

“... quedaba patentizada la enormidad de los efectos que a veces se originan de pequeñas causas, dado que un hecho de tan poca monta al parecer, como el asalto dado por Gaitán a la ciudad de Honda el 29 de diciembre

<sup>63</sup> “El Relator”, *Reforma Política* III. Loc. cit.

<sup>64</sup> Para los liberales, Gaitán Obeso era, claro está, un caudillo; para los Independientes y para los conservadores era un cabecilla. El análisis más completo que he visto sobre el término “caudillo” está en *Cuaderno de Sociología* No. 4, Universidad de la Plata (Argentina) 1965, en el artículo de Atilio Cornejo, pp. 94-97.

Todavía estamos a la espera de un análisis similar para el término “cabecilla”.

<sup>65</sup> No estoy seguro a quién deba otorgarse el crédito de la primera clara formulación de este principio; aquí se tomó de J.H. Palacio, op. cit., p. 280. Otros historiadores y los políticos de la izquierda lo han tenido muy poco en cuenta.

último, con solo 90 hombres de pésimos antecedentes, había causado inmensos males en los tres Estados del Atlántico, directamente, e indirectamente en los demás de Colombia”<sup>66</sup>.

Para evitar que se repitiera un episodio semejante, Núñez pensó que era posible establecer “la paz científica”, poniendo fin al federalismo y a los excesos democráticos, con una constitución centralista y un derecho limitado al voto; con un ejército mucho mayor, “si hay mucho ejército, también hay mucha paz”, una iglesia fortalecida que dominara la educación; con una prensa que aprendiera a controlarse ella misma; un ejército dirigido por un número selecto de generales conservadores y que no ofreciera la oportunidad de hacer carrera a talentos provinciales indeseables. Sería un país donde todos sus habitantes trabajarían en armonía a fin de abrirle su paso en el mundo. En resumen, la Regeneración produciría un país en el que no surgirían hombres como Gaitán Obeso. Pero otras dos guerras civiles antes de que hubieran transcurrido veinte años, demostraron que sin una mayor prosperidad, el fantasma no iba a desaparecer tan fácilmente, y aún después de tres décadas de paz y dos de prosperidad cafetera, el partido liberal en 1930 todavía lo recordaba.

<sup>66</sup> Claro que sería posible —y sin duda muy de acuerdo a tendencias de moda— intentar cuantificar el daño que causó esta guerra, en forma mucho más elaborada que la que se empleó en el juicio. El estudioso que se incline a hacerlo debe leer primero la tesis de F. Garavito A., *Influencia perniciosa de las guerras civiles en el progreso de Colombia*, Bogotá, 1897, en especial “Segunda parte, perjuicios económicos”, pp. 34 y siguientes. La tesis tiene un prudente respeto por lo no cuantificable. J.M. Samper, op. cit., p. 270.

Las cifras de la destrucción, de los hombres movlizados y de las pérdidas son considerablemente reducidas en comparación al estándar europeo o norteamericano de la época, pero también debe tenerse en cuenta que esta no fue ni la más sangrienta ni la más larga de las guerras civiles colombianas. De todas maneras esto no hace que, proporcionalmente, los trastornos hayan sido menores.

\* El autor desea agradecer a F. Reichel Dolmatoff, Thomas Skidmore, Raymond Carr y Marco Palacio el estímulo y ayuda que le prestaron. Angela de López hizo la traducción al español.